# DON ORIONE

"EN NOMBRE DE LA DIVINA PROVIDENCIA..."

PALABRAS DEL BEATO DON LUIS ORIONE,
UN PROFETA DE NUESTRO TIEMPO

Publicado en la revista "L'Opera della Divina Provvidenza"; en este escrito de juventud -tenía 26 años- Don Orione se refiere con entusiasmo al anuncio de la verdad cristiana y al testimonio de la caridad.

La Obra de la Divina Providencia [la congregación] comenzó hace siete años, un día de cuaresma en que yo me puse a enseñarle un poco de Catecismo a un niño que se había escapado de la iglesia y estaba llorando.

Así, ese niño fue más bueno y más cristiano, y hoy que está en el servicio militar, sigue recordando con gusto aquel día tormentoso y feliz al mismo tiempo.

Y detrás de ése, ¡cuántos otros niños fueron más buenos y más cristianos, por el Catecismo y la gracia de Dios!

Ah, la eficacia del Catecismo. Hijos míos ¿saben ustedes qué es y qué importancia tiene el Catecismo? Jesús transformó totalmente la sociedad: en las ideas, las costumbres, las leyes, en todo.

¿Con qué medio visible? Con uno muy sencillo. Escuchen. Un día llamó en su seguimiento a doce pobres pescadores y, después de haber escrito durante tres años el Catecismo en sus mentes y corazones, les dijo: "Vayan e instruyan a todos los pueblos; y enséñenles lo que yo les he enseñado a ustedes, y que sus sucesores hagan lo mismo hasta el fin de los tiempos".

Y ellos lo hicieron, y el mundo se convirtió al cristianismo.

¿Y qué es lo que hace la Iglesia, hoy? Le entrega a los misioneros una Cruz y un pequeño libro, el Catecismo, y los envía en medio de los bárbaros y salvajes, y éstos entran de a miles en las pacíficas carpas de la Iglesia.

Así, con la gracia de Dios y con el Catecismo el mundo se convirtió, y se sigue convirtiendo.

Así como el Cristianismo nació y se arraigó gracias a la predicación simple y pura del evangelio, o sea con el catecismo, así ahora lo tenemos que conservar y reavivar entre los pueblos.

¡Oren, hijos míos! Con la oración de ustedes la doctrina de Jesús volverá a entrar en las familias y las escuelas, como primer elemento de educación moral, como la enseñanza más necesaria y la base de todo lo demás.

¡Padres y madres, recen! Nuestra juventud, principalmente en las ciudades, se está desviando de manera preocupante, ¡pero Dios escuchará la voz de ustedes y tendrá piedad de tantos pobres ilusos! ¡Tendrá piedad de las lágrimas de la Iglesia que, como una nueva Raquel, llora desconsolada la masacre de tantos hijos desviados y miserablemente arrastrados por la impiedad! Hijos de la Providencia, esparcidos en tantos pueblos, ¿no podrían durante las vacaciones ayudar a los párrocos en la tarea categuística?

¿Quieren atraer a la Iglesia el mayor número posible de niños, entusiasmarlos y hacer todo lo posible por instruir en la suavísima doctrina de Jesús las almas de sus compañeros?

¿Quieren conocer el secreto para ganarse el afecto de los niños y lograr que los sigan en masa?

El gran secreto es éste: ¡revístanse de la caridad de Jesucristo!

Para implantar y mantener viva la obra del Catecismo basta una sola cosa: la caridad viviente de Jesucristo.

Si los eligen para el alto privilegio de ayudar al párroco en la enseñanza del Catecismo, pidan al Señor que les dé una gran caridad. Esa caridad paciente y benigna, humilde, amable, que todo lo sufre, todo lo espera, todo lo soporta, y nunca desfallece. [1 Cor 13, 7]

Llenos de esta caridad, salgan a buscar a los niños que, especialmente los domingos, andan por calles y plazas, y con esa caridad conquístenlos. No se cansen jamás, pasen por alto los defectos, sepan soportarlo y comprenderlo todo.

Sonrían, tengan una palabra afectuosa y amable para con todos, sin hacer diferencias; hijos míos, háganse todo para todos [1Cor 9,22] para llevar todas las almas a Jesús. Estén dispuestos a dar la vida por un alma imil vidas por una sola alma! Queridos hijos, con la dulzura de Jesús ganarán y conquistarán todos los niños de su pueblo. La caridad de Nuestro Señor Crucificado: iéste es el secreto, oh almas de mis hijos y de mis hermanos, el arte de atraer y tocar los corazones, y de convertir, iluminar y educar a los niños, esperanza del mañana y delicia del Corazón de Dios!

¡Caridad viviente! ¡caridad grande! ¡caridad, siempre! ¡Con caridad lo lograremos todo; sin caridad, nada! ¡Ven, caridad santa e inefable de Jesús, triunfa y conquista los corazones de todos, y enciende ardientemente mi pobre alma!

A los 27 años, el 26 de noviembre de 1899 Don Orione publica este artículo pedagógico, expresión profunda de su celo apostólico por los jóvenes.

j... Dios y mi madre! Estas dos ideas fundamentales constituyen la luz, la guía, el freno de los jóvenes que todavía no se han echado a perder.

Pero todo joven sale un día del ámbito familiar y entra en la sociedad. En esa circunstancia difícil se encontrará con hombres que hablan un lenguaje totalmente opuesto al que solía escuchar en su casa o en el colegio cristiano donde se educó; hombres que desprecian todo lo que su madre y el sacerdote le han enseñado a valorar. Estos hombres, con sus máximas, sus ejemplos, su influencia, su desprecio, son lo que suele llamarse "el mundo".

En ese momento cada uno tiene que hacer una opción. O superar el respeto humano, mis queridos jóvenes, y seguir a Jesús el primer amigo de la infancia, que nos indica el camino de la cruz; o sofocar la voz de la conciencia y optar por el camino del mundo.

Hay muchísimos que optan por el segundo grupo. ¿Por qué? Porque Jesucristo impone una ley de humildad y mortificación, y promete una felicidad a largo plazo, mientras que el mundo promete libertad sin límites y felicidad inmediata.

Si ustedes siguen el mundo tendrán una gran libertad de opinión, sin preocuparse mayormente por su alma. Tendrán una vida libre, sin la incomodidad que suponen los deberes religiosos. Tendrán amplia libertad para sus gustos; ya que mientras Jesucristo nos dice que el que peca comete iniquidad [1 Jn 3,4], el mundo nos asegura que aún haciendo lo que el evangelio llama pecado podemos ser honestos y caminar con la frente alta.

Esto es lo que el mundo promete. Pero, ¿son verdaderas estas promesas de felicidad y libertad? ¡Absolutamente no, hijos míos, de ninguna manera!

Miren, jyo he conocido tantos jóvenes! Eran buenos y me querían, y yo también los amaba en el Señor, y eran felices. Pero de pronto se levantó como un viento abrasador y varios se alejaron, -ipobres hijos míos!- y se perdieron entre la gente en busca de una felicidad turbia, muy distinta. Y cada tanto alguno, desilusionado y arrepentido, se acuerda de los tiempos felices y me escribe... y son cartas que conmueven y hacen llorar, imis pobres muchachos de antaño!

Es verdad que en un primer momento el joven que se entrega a sus pasiones tiene la sensación de respirar más libremente. Ya no siente la obligación de los mandamientos de Dios y los preceptos de la Iglesia, y ello le parece una gran conquista. Como el potro que rompe el cabestro y sale al galope, pisoteando plantas y flores. Pero después, ¿qué pasa? Se cae en una esclavitud peor que la anterior. Jesucristo es un Padre, pero el mundo es un tirano y nos trata como tal.

De ahí que el joven que creía haber conquistado su independencia, rebelándose contra la fe de sus padres, no tardará en caer en manos de compañeros perversos que lo dominarán; y tendrá que pensar como ellos, ir donde van ellos, gastar como gastan ellos... Maldecirá su yugo, pero tendrá que cargarlo.

¡Vaya libertad, la que ha conquistado!

Mis queridos jóvenes, ¡Dios los libre de la libertad y la felicidad que este mundo malvado les promete!

¡En el lecho de muerte, es donde tendrían que ver cómo mantiene sus promesas!

Recuerdo la muerte de un joven que hubiera podido llegar a ser un excelente escritor, pero sólo se dedicó a escribir cosas blasfemas y a ofender las buenas costumbres.

Al acercarse su prematuro fin, sintió la necesidad de la antigua fe y decía:

"De mis sencillos padres, Dios antiguo

Dios de mi madre, en quien yo siendo niño,
inocente, creí!"

Con todo, pobre, no tuvo virtud suficiente como para romper con el mundo. Y, ¿qué pasó? Escuchen lo que escribió un amigo en el prefacio a sus poesías: "La profunda desesperación de esa alma era indescriptible: Su agonía fue terrible, desgarradora".

Murió en la desesperación.

¿Para qué sirve, entonces, hijos míos, abandonar a Jesucristo y seguir el mundo?

Página con resonancias autobiográficas y de gran valor poético y espiritual, publicada el 3 de septiembre de 1899.

Estaba ayer en la habitación de un buen sacerdote y mi mirada cayó sobre estas palabras: ¡Sólo Dios!

En ese momento tenía yo la vista cansada y dolorida, y por mi cabeza desfilaban infinidad de días agobiantes como el de ayer; pero, por sobre el torbellino de todas mis angustias y el confuso resonar de mis suspiros, me parecía escuchar la voz afable y bondadosa de mi ángel que decía: ¡Sólo Dios!, alma desolada, ¡sólo Dios!

En una ventana había una planta florecida, luego un corredor y algunos sacerdotes en meditación; más allá un crucifijo, un querido y venerado crucifijo que me recordaba hermosos e inolvidables años; y mis ojos cargados de lágrimas, descansaron a los pies del Señor. Y me parecía que mi alma se elevaba, y que una voz de paz y consuelo salía de aquel corazón traspasado y me invitaba a elevarme a las alturas, a ofrecer a Dios mis sufrimientos y a orar.

¡Qué dulce y lleno de paz, ese silencio...! y en el silencio -¡sólo Dios!- repetía dentro de mí, ¡sólo Dios!

¡Y una atmósfera encalmada y bienhechora parecía envolverme el alma!... Y entonces pude ver en mi pasado la razón de los sufrimientos presentes: y vi que en lugar de buscar ¡sólo a Dios! en mi trabajo, hacía años que andaba mendigando la alabanza de los hombres; y que buscaba y deseaba constantemente que me vieran, me apreciaran, me aplaudieran; y llegué a esta conclusión: también en esto hay que empezar una vida nueva: en el trabajo, buscar ¡sólo a Dios!

Trabajar bajo la mirada de Dios, ¡sólo de Dios! Sí, en estas palabras se encierra toda la nueva regla de vida, todo lo necesario y suficiente para la Obra de la Divina Providencia: ¡la mirada de Dios!

Hay que comenzar una vida nueva, y empezar desde aquí: en el trabajo, buscar ¡sólo a Dios! ¡Trabajar bajo la mirada de Dios! ¡sólo de Dios!

La mirada de Dios es como rocío que revitaliza, como rayo de luz que fecunda y ensancha el horizonte: trabajemos, pues, sin ruido y sin tregua, bajo la mirada de Dios, ¡sólo de Dios!

La mirada del hombre es un rayo que quema y empalidece aún los colores más resistentes: en nuestro caso sería como el viento helado que dobla, quiebra y destruye el tierno tallo de nuestro pobre arbolito.

Todo lo que se hace para hacer ruido y ser vistos pierde frescura a los ojos de Dios: así como una flor, ajada al pasar por muchas manos, deja de ser presentable.

Pobre Obra de la Divina Providencia, sé la flor del desierto que crece, se abre y florece porque Dios se lo ha dicho, y que no se altera por la mirada del pájaro que pasa, o porque el soplo del viento desparrama sus hojas apenas formadas.

Por nuestra alma y para toda la vida: ¡sólo Dios! ¡sólo Dios! La soledad sin Dios podrá aportar descanso al espíritu pero endurece el corazón: es una planicie florecida y olorosa, pero de sol pálido y muerto.

¡En cambio la soledad con Dios, es una cálida y dulce atmósfera que por sí sola puede curar las angustias del corazón!

¡Sólo Dios! ¡Qué provechoso y consolador es querer sólo a Dios como testigo! ¡Dios solo, es la santidad en su grado más alto! Dios solo, es la seguridad mejor fundada de entrar un día en el cielo.

¡Sólo Dios, hijos míos, sólo Dios!

Texto tomado de un artículo escrito por Don Orione para una revista diocesana; en él el Beato indica los caminos seguros de la oración y de la Divina Providencia.

En toda Italia, -y en el mundo, por otra parte- hay una fatal mescolanza de principios, de la que depende el futuro de esta querida tierra nuestra, tan hermosa y tantas veces tan desafortunada.

La Iglesia tiene la victoria asegurada porque así se lo ha prometido el Señor; pero es voluntad de Dios que sus hijos todos, se la ganen esa victoria. La mejor arma que todos podemos usar, sigue siendo siempre la oración. Queridos hermanos, que el barullo de los hombres que no comprenden las cosas del espíritu, no sofoque nunca la suave melodía de nuestras almas. Más aún, a la gritería de los insensatos que pretenden sembrar odio en el corazón del pueblo, opongámosle la armonía y la caridad de nuestras plegarias.

Oremos, pues, hermanos; acudamos a los pies de la Virgen desde donde se derraman sobre la tierra entera las aguas vivificantes de la piedad y del dulcísimo amor de Dios. Corran a los pies de la Santísima Virgen, almas oprimidas por el dolor y acosadas por las desventuras. ¡Vayan hacia Ella, que es bondad, mansedumbre, gracia, que es la Madre de la divina misericordia!

Hay una voz que, como una oleada balsámica, nos invita constantemente a elevar los corazones, a orar, amar a la Sma. Virgen... Esa voz es la voz de la civilización, que se nutre de amor y vive de conductas benévolas; es la voz de la caridad, voz que anuncia que la llama encendida por Jesús entre los hombres, no se ha apagado; más aún, es la auténtica voz de la humanidad, dado que al hombre le resulta intolerable una vida en medio del odio, la violencia de las pasiones, en medio de crueldades de destrucción y muerte.

¡Animo, pues, invoquemos a la Sma. Virgen! Cerremos filas en torno a los altares de nuestra santísima y queridísima Madre del cielo, y oremos! El mundo se burlará de nosotros, para eso está; y nosotros cumpliremos nuestro deber orando; nuestros espíritus saldrán fortalecidos, y nos formaremos para la vida y para una acción verdaderamente católica y duradera, y apresuraremos el día de la restauración cristiana y de la paz. Es María, en los planes de Dios, la encargada especial de la obra de la paz universal en el mundo. Nadie mejor que Ella. Invoquémosla, pues, con todo el impulso del alma; invoquémosla, sin cesar, llenos de confianza filial; pidámosle que nos ayude a ser mejores, más fervorosos en la oración y en las obras buenas en favor de los humildes.

Y así el Señor estará con nosotros, sin ninguna duda, y la victoria no será para la prepotencia de la fuerza o la impiedad, sino para la fe activa y laboriosa, como el Señor nos lo prometió.

Este texto está tomado de apuntes espirituales de 1917; en él se manifiestan los vigorosos rasgos del amplio espíritu apostólico de Don Orione.

El sacerdocio tiene por finalidad la salvación de las almas; y muy especialmente, debe buscar a las que se alejan de Dios y se pierden.

Yo les debo a ellas mis preferencias, no por ternura, claro, sino para sostenerlas paternalmente y ayudarles a volver. Y si es necesario, habré de dejar a las otras, las que necesitan menos de mi asistencia.

Jesús no vino para los justos sino para los pecadores. [Mt 9,13; Mc 2,17; Lc 5,32]

Por tanto, presérvame, Dios mío, de la funesta ilusión, del engaño diabólico de creer que como sacerdote tengo que ocuparme solamente de los que concurren a la iglesia y a los sacramentos, de las almas fieles y las mujeres piadosas.

Mi ministerio sería seguramente más fácil y agradable, pero yo no viviría del espíritu de caridad apostólica hacia las ovejas perdidas que brilla en todo el evangelio.

Sólo después de correr en pos de los pecadores hasta quedar agotado -y muerto tres veces-, sólo entonces podré permitirme descansar con los justos.

Que nunca olvide que el ministerio que se me ha confiado es ministerio de misericordia, y sepa tener yo para con mis hermanos pecadores un poco de esa caridad infatigable que tantas veces tuviste para con mi alma, oh Dios grande en misericordia.[Ef 2,4]

Publicado el 2 de marzo de 1918, este artículo es un esperanzado cántico triunfal a Cristo

¡Llegará el día en que las naciones, reunidas en torno a Jesucristo, se sentirán hermanas!

Desde el día de Pentecostés los pueblos divididos tienden a la unidad, y la lograrán; pero por Jesucristo, nuestro Dios y Señor.

### ¡CRISTO AVANZA!

¿Quién es el que no ve como se prepara gradualmente el terreno para el triunfo más grande de Jesucristo, para la unificación espiritual de todo el mundo bajo la Cruz?

Esto no podía completarse en un día, es obra de los siglos, debía ser el camino permanente de la Iglesia, Iglesia que brilla y que vive de la vida de su Cristo, para que el universo entero sea un solo rebaño, bajo la guía de un solo Pastor. [Jn 10,16]

## ¡CRISTO AVANZA!

Y entonces, habrá una palabra, un pensamiento, un único latir de los siglos: ¡Jesucristo! Un sola fe, un solo bautismo, un solo Pastor:[Ef. 4,5] ¡Jesucristo en su Vicario, el Papa!

Ésta es la obra de Jesucristo,

la obra para la que nació, vivió y murió:
la obra que realizó y manifestó con su ejemplo,
sus palabras, sus prodigios;
con los Sacramentos, con la Iglesia,
con su sacrificio divino y perenne:
que los seres humanos,
alejados de Dios y divididos entre sí,
vuelvan a unirse con Dios y como hermanos,
en la Iglesia santa de Jesucristo-Dios.

# ¡CRISTO AVANZA!

El nos redimió con su sufrimiento,
y ahora viene a devolverle al género humano
la unidad primordial, por medio del dolor.
Y la vida de su Iglesia,
al mismo tiempo que va hacia una unidad cada vez mayor,
es la continuidad de la vida del Calvario,
y refleja en sí misma a Jesús crucificado,
su dolor y su sacrificio.

## ¡CRISTO AVANZA!

Y es Él mismo el que ha tomado en sus manos su propia causa, y la causa de los pueblos.

Él es quien combate por su Iglesia dando cuenta con justicia de todos los que lo entristecieron; de todos los que hoy o ayer hubieran podido o debido defenderlo y defender al dulce Cristo en la tierra, y no lo hicieron.

¡Él es quien da batalla,

pero como es el Cordero de Dios, ivencerá en la misericordia!

Eontnces, ¡ánimo, hermanos!

Alégrense y levanten sus corazones a los más alto,

y griten: ¡Arriba los corazones! [Sursum corda!]

Canten de alegría en la aurora radiante de Dios:

el cielo se abre: ¡El Maestro está aquí! [Magister adest!]

¡Mírenlo: es El, Cristo avanza!

Eficaz y encendida exhortación tomada de un escrito de Don Orione de 1916.

iMás fe!

Hermanos, no nos dejemos ganar por el desaliento: ¡Tengamos fe, más fe!

¿Qué nos falta hoy, un poco a todos, a todos nosotros, para que -en nombre de Dios y unidos a Jesús- nos empeñemos a fondo para salvar el mundo, para impedir que el pueblo se aleje de la Iglesia?

¿Qué es lo que nos falta para que la caridad, la justicia, la verdad no sean derrotadas y vuelvan al seno de Dios maldiciendo a la humanidad, hallada sin frutos? [Mt 21, 19; ver también Gén 4,12; Dt 11,17]

¡Nos falta fe! "Les aseguro que si tuvieran fe del tamaño de un grano de mostaza,-dijo Jesús - dirían a esta montaña: Trasládate de aquí a allá, y la montaña se trasladaría; y nada sería imposible para ustedes." (Cf Mt 17,20; Lc. 17,6)

¡Fe, hermanos, más fe!

¿Quién de nosotros cree que se pueden transportar montañas, sanar pueblos, hacer triunfar la justicia en el mundo, hacer que la verdad brille e ilumine al espíritu humano, unir en la caridad de Cristo a toda la tierra? ¿Dónde están estos creyentes?

¡Más fe, hermanos, hace falta más fe!

Ciertamente la fe falta en los que hay que salvar; pero a veces -y lo digo con dolor en el alma-, la fe es escasa o languidece también en mí y en otros, en nosotros que decimos o creemos que queremos iluminar y salvar a las multitudes.

Seamos sinceros. ¿Por qué no logramos renovar la sociedad? ¿Porqué no tenemos fuerza ni arrastre? Porque nos falta fe, juna fe ardorosa! Vivimos poco de Dios y mucho del mundo: vivimos una vida espiritual tuberculosa, nos falta esa auténtica vida de fe y de Cristo, que incluye en sí toda aspiración a la verdad y al progreso social; que lo impregna todo y a todos, hasta los trabajadores más humildes. Nos falta esa fe que transforma la vida en apostolado ferviente en favor de los desdichados y oprimidos, como es toda la vida de Jesús y su Evangelio.

¡Ese es el problema! Si queremos hacer hoy algo útil para que el mundo vuelva a la luz y a la civilización, para renovar la vida pública y privada, hay que hacer que la fe resucite en nosotros y nos despierte de este letargo que no es sueño sino muerte; hay que provocar un gran renacimiento de fe, y que del corazón de la Iglesia broten los peones de Dios, sembradores de la fe, nuevos y humildes discípulos de Cristo, almas vibrantes de fe.

Debe ser una fe encarnada en la vida. ¡Necesitamos espíritu de fe, ardor de fe, ímpetu de fe; fe de amor, caridad de fe, sacrificio de fe!

Ésta es la oración que se impone: "¡Señor: Auméntanos la fe!". [Lc 17,5]

En 1905, cuando la organización política de los pueblos oscilaba entre las monarquías tradicionales que pugnaban por mantenerse, y las democracias limitadas que pugnaban por ampliarse, Don Orione toma posición decididamente por la democracia.

Vivimos en un período de transición de la Humanidad.

A nuestro alrededor se está produciendo una transformación radical de la sociedad, en el gobierno de los pueblos, en las relaciones de la vida humana.

Todas estas mutaciones pueden resumirse en una palabra: Ha llegado la hora de la democracia, de la soberanía de los poderes populares...

Todo esto se cumple por designio de la Divina Providencia. El Evangelio es la semilla de redención de los pueblos. Todo el que tenga los ojos abiertos reconocerá que ha terminado el tiempo de los gobiernos "paternales".

Hasta ahora, la Iglesia trató con las dinastías. De aquí en más deberá tratar con los pueblos, sin admitir intermediarios. Los pueblos la conocen.

Es la Iglesia quien bautiza a los pueblos. La Iglesia bendijo a los Longobardos y los convirtió en seres civilizados; bendijo a los salvajes y rompió sus cadenas. La redención viene de la Iglesia.

Ahora la democracia avanza y la Iglesia - digámoslo sin temor - sabrá bautizarla. Solamente ella tiene todo lo necesario para esa alta y divina misión, no quien se rebela o se aleja de la Iglesia. Sólo Ella está segura de transitar los caminos de la Providencia, y tan sólo siguiéndola podemos estar tranquilos. Aunque esos caminos puedan parecernos oscuros, siempre son rectos.

Hijos míos de la Divina Providencia y amigos: no basta ya con trabajar, orar y callar. Ha llegado la hora de tomar una posición clara, en nuestro puesto.

¡TRABAJADORES Y TRABAJADORAS!

¡LLEGÓ LA HORA DE LA REIVINDICACIÓN!

Como apóstol y en nombre de la Iglesia Don Orione se ocupó de los problemas sociales de su tiempo, con realismo y gran amplitud de miras. Esta es una carta-proclama dirigida a los trabajadores y trabajadoras de los arrozales. Salió publicada en un boletín religioso, el 18 de mayo de 1919.

# ...¡Proletariado de los arrozales, de pie!

Se abre un horizonte nuevo; a la luz de la civilización cristiana, que apuesta siempre al progreso, nace una nueva conciencia social, como flor del Evangelio.

Trabajadores y trabajadoras de los arrozales, en nombre de Cristo, que nació pobre, vivió pobre, murió pobre y entre pobres, que trabajó como ustedes y que amó a los pobres y a los trabajadores, en nombre de Cristo, ha sonado la hora de su reivindicación.

El trabajo debe ser limitado y adecuado a sus fuerzas y sexo. El salario debe tener relación con su esfuerzo y con sus necesidades; las condiciones de trabajo deben ser menos penosas, más humanas, más cristianas. Es un derecho, ¡Su derecho!

Nosotros, como católicos y como ciudadanos, emprenderemos éste año la batalla por las ocho horas en los arrozales.

No se dejen explotar por los capataces, no se dejen intimidar por las amenazas de los patrones, no se presten a ciertas maniobras que siempre terminan perjudicando al trabajador.

Y si no hay más remedio, tomen medidas de fuerza; dentro de la legalidad, claro, pero háganlo.

Unanse contra los rompehuelgas y no se dejen engañar por un horario que supere las ocho horas en los arrozales.

Unanse y sean solidarios. Si todos los pueblos de la diócesis que proporcionan trabajadores a los arrozales se unen en una red organizada y firme, sólida y cristiana, los llevaremos a una victoria segura.

Por sus reivindicaciones, por la justicia intrínseca de su santa causa, no nos quedaremos quietos. No, no dejaremos en paz, ni de noche ni de día, a los explotadores de la gente pobre, que va a sacrificarse en los inundados pantanos de los arrozales y en la malaria, que se ve obligada a alejarse de la familia para ganarse el pan.

Pero los patrones no son siempre explotadores, ni son los únicos; los patrones, son como todos: algunos malos, otros buenos; explotadores indignos son también y siempre quienes, por sus negocios deshonestos abusan pérfidamente de ustedes, los que les ofrecen un pan pero les envenenan el alma, los que predican el odio y quitan la fe, que es el gran consuelo de la vida presente y base de la vida futura.

Trabajadores y trabajadoras de los arrozales, ... no confíen en quienes no tienen religión; quienes no tienen religión, no tienen conciencia: ¡no confíen jamás en ellos!

¡Hermanos! ¡ Con la bendición de Dios y de la Iglesia, trabajaremos por ustedes, y triunfaremos con ustedes !

Todos encontrarán trabajo, todos tendrán un salario justo, y asistencia moral y religiosa; descanso en los días de fiesta; control de sus derechos laborales (salarios, horarios, asistencia médica), alojamiento digno. Los defenderemos en todo lo que sea justo: haremos realidad sus legítimas aspiraciones y utilizando las leyes pertinentes vigilaremos, acompañaremos, animaremos.

"¡La unión hace la fuerza!" Tenemos que romper toda cadena que quita la libertad de hijos de Dios; tenemos que abolir toda esclavitud: debe cesar toda servidumbre, y para siempre.

En nombre de Cristo debe suprimirse la explotación del hombre por el hombre. La fuerza divina de éste nombre y su conducta honrada de trabajadores cristianos, les ayudará a conquistar cada uno de sus derechos, así como los llevará a cumplir sus deberes.

¡Proletariado de los arrozales, de pie! Abran los ojos y vean la aurora brillante que ya se insinúa: jes para ti, es tu día!

¡Adelante proletariado, adelante, llevando contigo la fuerza moral de tu fe y de tu trabajo, una era se abre: el mundo se renueva!

El Señor es tu Dios, está contigo: camina en la luz de Dios y nadie podrá jamás detener tu marcha triunfal.

Por tu interés, por tu dignidad, por tu alma.

¡Proletariado de los arrozales! ¡De pie y adelante!

Un escrito sobre el feminismo

Como confirmación del interés de Don Orione por los problemas sociales, tenemos este texto tomado del borrador de una conferencia o de un artículo, es de principios de los años veinte.

Al igual que un alumno que, en vacaciones, deja el colegio tras un largo año de internado, así también la mujer se ha visto lanzada a una vida de libertad, de cambios y de trabajos, que nunca había conocido; y eso a causa de los nuevos descubrimientos y, especialmente durante la larga guerra actual. [1914-1918]

Hasta ayer la mujer estaba recluida en el estrecho círculo de la vida familiar, y las que salían de él eran una excepción.

Hoy la mujer va a todas partes. Las mujeres del pueblo entran en las fábricas, donde no se requiere más que habilidad e inteligencia, ya que la fuerza muscular ha sido reemplazada por la fuerza motriz de la máquina. Además, en la actualidad hay muchos empleos nuevos en los que pueden trabajar: en las escuelas primarias y secundarias, incluso las de varones; en escuelas técnicas, institutos de enseñanza clásica, liceos y universidades como profesoras; en las oficinas de correo y telecomunicaciones, oficinas de recaudaciones; como contables, cajeras, conductoras de tranvías eléctricos, cadetas, etc. Todos puestos que llevan a la mujer a trabajar fuera de casa, a valerse por sí misma, a entrar en competencia con el hombre, y ser preferida al hombre. Todo esto plantea una nueva situación social.

Las mujeres son ya la mayoría en todos los países, y en Italia son cada vez más las mujeres solteras. Es cristiano y caritativo ocuparse del feminismo, o mejor, de la familia cristiana. Verán que el ataque contra esta fortaleza social que es la familia cristiana, protegida y mantenida gracias a la indisolubilidad del matrimonio, ataque hoy todavía disimulado, en poco tiempo más, será frontal y despiadado.

El feminismo es un aspecto, e importantísimo, de la cuestión social; y como católicos cometimos el error de haberlo comprendido tarde. Fue un gran error. El día en que la mujer se libere de todo lo que llamamos su esclavitud, y decida ser madre a su placer, esposa sin marido, sin obligaciones para con nadie, ese día la sociedad se derrumbará ante la anarquía, peor que Rusia ante el bolchevismo. Son muy pocos todavía los que comprenden los alcances de la cuestión feminista. Confesémoslo francamente, los católicos hemos tratado el feminismo con una ligereza lamentable. Los más duros siguen repitiendo todavía hoy los viejos chistes de Molière, las ocurrencias de personajes como Gaudissart. Pero lo que se ve es que las ridiculizaciones no matan, y menos al feminismo. Éste se ha ido metiendo en todas partes, constituyendo alianzas y comités, inspirando revistas y diarios, tratando todas las cuestiones que interesan a la mujer.

Tomado de una publicación que conmemoraba los 25 años de ordenación sacerdotal de Don Orione, editada en Tortona, en 1920.

"En estos tiempos, escribía ya el Cardenal Parrocchi, se entiende lo instrumental de la caridad, pero no su principio y su fin. Díganle a los hombres de nuestro tiempo: hay que salvar las almas que se pierden, instruir a los que ignoran los principios de la religión, dar limosna por amor a Dios, y nadie entiende nada...".

El objeto primero de la caridad son las almas, y las almas no pueden de ninguna forma vivir la caridad por si mismas, si no están unidas a la Iglesia y al Papa. Nunca como en nuestros tiempos el pueblo ha sido separado de la Iglesia y del Papa, de modo que es más que providencial que este amor sea despertado con todos los medios posibles para que vuelva a vivir en las almas el amor de Jesucristo.

El hombre es lo que piensa, es la idea que incuba y que va madurando en su interior, y sus acciones se conforman siempre a esa idea-fuerza que lo guía. De ahí que cuanto más amen al Papa y a la Iglesia los que por razón del ministerio son maestros del pueblo, tanto más ardiente será la llama con que comunicarán a las almas ese mismo sentimiento, sin el cual no hay ninguna participación en la vida sobrenatural; así, con la práctica de la caridad lograremos plenamente el objetivo que corresponde a las necesidades de nuestros tiempos, que consiste precisamente en hacer que la sociedad vuelva a Dios, uniéndola al Papa y a la Iglesia.

¿Y no será designio de Dios que la preparación próxima a ese reencuentro esté en la tendencia a la fraternidad universal, ese fenómeno social tan visible en la actualidad? Estamos viendo cómo surgen por todas partes obras de beneficencia e instituciones de socorro de todo tipo a pesar del odio de clases que parece querer subvertir todas las organizaciones políticas, sociales y familiares; y sin embargo, se siente más fuerte que nunca la necesidad de que desaparezca el odio, y vuelva el amor a tranquilizar los corazones. Pues bien, la paz serena y segura reinará en los individuos y la sociedad cuando el Papa sea aceptado con sentimiento de fe como padre universal de los pueblos, y la Iglesia vuelva a ser la maestra que ilumina las mentes con su doctrina infalible, y vuelva a hacer vibrar en los corazones la vida sobrenatural que de Ella dimana.

Por lo tanto, practicar la caridad en nuestra sociedad, empezando por el amor al Papa y a la Iglesia, y con el objetivo de sembrar el amor en todos, esa es precisamente la caridad que mejor responde a las necesidades de nuestro tiempo. Y ese es el espíritu inspirador de la Obra de la Divina Providencia, ése su perfil y su sello típico: Instaurare omnia in Christo!

Espléndido texto tomado de una carta al P. CArlos Pensa, del 2 de mayo de 1920, en la que las convicciones esenciales de Don Orione, expresadas aquí, se transforman en compromiso espiritual, proyecto apostólico, esperanza social.

Vivimos en un siglo de vida espiritual marcada por el hielo de la muerte. Encerrado en sí mismo, sólo busca placeres, vanidad y pasiones, y no ve más que esta vida terrenal. ¿Quién podrá dar vida a esta generación muerta para la vida de Dios, si no es el soplo de la Caridad de Jesucristo? El tibio calor de la primavera renueva la superficie de la tierra; pero es por el calor de la Caridad que el universo moral cobrará vida nueva. Con la ayuda y la gracia de Dios, no le pidamos al Señor una chispa de Caridad, -como dice la Imitación de Cristo-, sino una hoguera tan grande que nos inflame a nosotros, y renueve este frío y gélido mundo.

Si hay una gran caridad, se producirá una gran renovación católica. Pero tenemos que empezar a practicarla entre nosotros, hoy, empezar dentro de nuestros institutos, que deben ser verdaderos cenáculos de Caridad. "Nadie da lo que no tiene": No podremos encender en las almas de los otros llamas de vida, fuego y luz de Caridad, si no estamos nosotros encendidos e incandescentes. La Caridad tiene que ser nuestra impulsora, nuestro ardor, nuestra vida: Nosotros somos los "soldados" de la Caridad de Jesucristo.

No hay otra forma de servir a la causa de Dios y su Iglesia sino es con una inmensa Caridad de vida y obras. Jamás podremos llegar a las conciencias, convertir a la juventud, o atraer a los pueblos a la Iglesia, sin una enorme Caridad, sin un sacrificio real de nosotros mismos, en la Caridad de Cristo.

En la sociedad actual la corrupción es monstruosa; aterradora la ignorancia de Dios, aterrador el materialismo y el odio: Sólo la Caridad puede llevar a Dios los corazones y los pueblos, y así salvarlos. Sin Caridad no habría ni Apóstoles, ni Mártires, ni Confesores, ni Santos. Sin caridad no existiría el Sacerdocio, que es misión y fruto, y flor al mismo tiempo de la caridad divina. Es el espíritu de Dios, espíritu de caridad celestial, el que debe llevarnos a cultivar en los jóvenes las santas vocaciones religiosas y los futuros sacerdotes; porque el sacerdocio y la vida religiosa son los que hacen florecer las escuelas, la renovación de las almas y de los pueblos, y las obras.

Anímense mutuamente y sean fuertes en la Caridad. ¡Anímense, hijos míos! "Hay una alegría propia de los que aman y sirven al Señor y a la Iglesia con amor desinteresado, de la que jamás podrá gozar quien vive de las cosas terrenales y sólo para ellas; ¡Esa alegría eres Tú, Señor y Dios nuestro! En esto consiste la felicidad: en gozar de Ti, gozar en Ti, gozar por Ti" (San Agustín, Confesiones, libro X. 22).

#### MARCHAR A LA CABEZA DE LOS TIEMPOS

Carta al P. Carlos Pensa del 5 de agosto de 1920. La voluntad de hacer siempre un bien mayor, expresada en el lema paulino "el amor de Cristo nos apremia", era el secreto que impulsaba a Don Orione hacia lo nuevo y moderno.

Nosotros no hacemos política: Nuestra política es la caridad magnánima y divina, que hace el bien a todos. Sólo buscamos almas que salvar. Y si tuviéramos que manifestar alguna preferencia, que sea para con los más necesitados de Dios, ya que Jesús vino para los pecadores, más que para los justos. (cfr. Mt.9,10-13)

¡Almas y almas! Esto es toda nuestra vida. Este es nuestro grito, nuestro proyecto; toda nuestra alma y todo nuestro corazón: ¡almas y almas!

Pero para ser más eficaces en la salvación de las almas, hay que saber adoptar ciertos métodos, sin fosilizarnos en las formas, si las formas ya no caen bien, si están fuera de uso o son anticuadas...

Hagamos cristiana la vida, el alma, de nuestros huérfanos y jóvenes: eso es lo que nos piden Dios y la Iglesia. Y echemos mano a todos los recursos, los más santos, los más aceptados y adecuados para lograrlo. Aún las formas y costumbres que pudieran parecernos más bien laicas, sepamos respetarlas, y si fuera necesario sepamos adoptarlas sin escrúpulos ni estrechez de mente. ¡Lo que importa es salvar lo sustancial! Eso es lo decisivo.

Los tiempos corren veloces, y han cambiado bastante; y nosotros -en todo lo que no afecte a la doctrina, la vida cristiana y la vida de la Iglesia- debemos avanzar y marchar a la cabeza de los tiempos y de los pueblos, y no a retaguardia, ni a la rastra. Para atraer y orientar a los pueblos y a la juventud, hacia Cristo y la Iglesia, hay que marchar a la cabeza. Así salvaremos el abismo que se está abriendo entre el pueblo y Dios, entre el Pueblo y la Iglesia.

¡Trabajo, trabajo! Nosotros somos los hijos de la fe y del trabajo. Y tenemos que amar, y ser apóstoles del trabajo y de la fe. Tenemos que esforzarnos por trabajar, y trabajar cada vez más.

Orar, con los ojos fijos en el cielo, y luego... Y luego,¡adelante! ¡a trabajar con decisión! Adelante siempre, hijos míos, in Domino. Siempre adelante con María. "Ave María, y adelante". ¡Adelante in Domino! [Adelante en el Señor]

"Regalo de Navidad", llamó el propio Don Orione a esta carta navideña de 1920, en la que comparte con sus religiosos, religiosas, colaboradores y amigos los proyectos de su corazón.

... Jesucristo no tenía soldados, jamás quiso tenerlos. Jamás derramó la sangre de nadie, ni le quemó la casa a ninguno. ¡No quiso su nombre esculpido en el granito de las rocas, sino en los corazones de los hombres! [ver Ez. 11,19;36,26]

Éste fue un rey que jamás le hizo daño a nadie; hizo el bien a todos, como la luz del sol que inunda a buenos y malos.[Mt 5,45] Tendió la mano a los pecadores, salió a su encuentro, y se sentó a comer con ellos [Mt 9,10-11; Lc 15,1-2] para inspirarles confianza y rescatarlos de sus pasiones y vicios, rehabilitarlos y orientarlos a vida honesta, al bien, a la virtud. [Jn ,11]

Apoyó su mano [Mt 8,3; Mc 8,23] con dulzura sobre la frente febril de los enfermos, y les curó toda dolencia. Tocó los ojos de los ciegos de nacimiento y pudieron ver jy descubrieron en él al Señor! [Jn 9,1-41]

Tocó los labios de los mudos y hablaron, y bendijeron en El al Señor! [Mt 9,32;12,22] "¡Oigan!", les dijo a los sordos, y pudieron oír; a los leprosos, marginados de la sociedad: "quiero limpiarlos" (Mt 8,3), y la lepra cayó como en escamas y quedaron limpios. Llevó la luz del consuelo a los tugurios y evangelizó a los pobres viviendo en el pueblo más insignificante de Palestina.

No buscó seguidores entre los grandes, ni exaltó a los poderosos del intelecto, del brazo armado, o del dinero; muy por lo contrario buscó a los humildes y pobres, y El mismo fue más que pobre. "Las zorras tienen guaridas, -decía-, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza" (Mt 8,20). Vivía frugalmente, y a sus seguidores los acostumbró a la disciplina de la mortificación, de la oración y del trabajo, para fortalecerlos en la vida del espíritu. Y Él mismo, en primer lugar, hizo penitencia, oró, trabajó intensamente, y así santificó el trabajo con sus manos y con su vida.

De aspecto sencillo, amaba la limpieza sin adornos; la santidad de su vida y de su doctrina eran tan grandes que hubieran bastado para mostrarlo como el Enviado de Dios. Sus ojos, su frente, reflejaban una bienaventuranza celestial tan grande que ninguna persona honesta podía sentirse triste después de haberlo visto.

A quien le preguntaba cómo había que vivir le respondía: "Amen a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ustedes mismos [Cf Mt 22,37ss]; despójense de las cosas superfluas y dénselo a los pobres, y si quieren ser perfectos, niéguense a si mismos, abracen su cruz, y vengan, síganme... "(cf. Mt 19,21).

A las multitudes que lo rodeaban para escucharlo, o porque salía de El una maravillosa virtud de sanación, les decía palabras de extraordinaria dulzura y de vida eterna: "Les doy un mandamiento nuevo: ámense unos a otros en el Señor y hagan el bien a quien les hace el mal" (Jn 13,34; Mt 5,44).

De los niños dijo que sus ángeles ven siempre el rostro de Dios, y feliz del que se mantenga siempre niño en su corazón, puro como los niños. Bendijo la inocencia y amó a los niños con un amor tan sublime y divino que, aunque nunca alzaba la voz, llegó a gritar: "Ay de aquéllos que escandalizan a los inocentes..." (cfr. Mt 18,6).

Multiplicó los panes, pero no para sí sino para la gente. Jamás provocó el llanto de nadie; Él fue quien lloró por todos, jy lágrimas de sangre! Enjugó, en cambio, las lágrimas de muchos, de tantas almas perdidas.

Mandó a los cadáveres que se levantaran de la tumba, y ante esa voz omnipotente que decía: "levántate", la muerte fue vencida y los muertos resucitaron a una vida nueva. Para todos tenía una palabra de perdón y de paz; a todos llegó el soplo vivificante de su caridad, jun rayo revitalizador de luz sublime y divina!

Perseguido y traicionado inicuamente, hasta la misma cruz, imploró a su Padre celestial, con gran voz, el perdón para los bárbaros que lo habían crucificado. El, que había ordenado a Pedro que envainara su espada, y que no derramó jamás la sangre de nadie, quiso derramar toda su sangre divina, y su vida, por los hombres, sin distinción de judío o griego, romano o bárbaro [cf Col 3,11; Gál 3,28; Rom 10,12]: ¡Verdadero rey de paz: Dios, Padre, Redentor de todos!

Quiso morir con los brazos abiertos, suspendido entre el cielo y la tierra, llamando a todos -- ángeles y hombres-- a su Corazón abierto, traspasado: anhelando abrazar y salvar en ese Corazón divino a todos, a todos, a todos: ¡Dios, Padre, Redentor de todo y de todos! Jesús no hizo construir para sí un mausoleo, como los antiguos reyes; pero por todas partes se ven casas consagradas a su memoria, en las grandes ciudades como en los pueblos pequeños. Y aún en lugares despoblados, entre las nieves eternas, se levantan ermitas - humildes refugios muy parecidos a la gruta de Belén - con una cruz que evoca la obra de amor y de inmolación de Nuestro Señor Jesucristo; jesa cruz habla a los corazones del evangelio, de la paz, de la misericordia de Dios por los hombres!...

No fueron los milagros ni su resurrección los que me conquistaron, sino su Caridad: ¡esa caridad que venció al mundo!

## ¡NAVIDAD: DULZURA DE DIOS!

Otro fragmento de la misma carta "Regalo de Navidad", de 1920. Aquí, la contemplación de la Navidad se hace poesía.

La claridad celestial

de esta mística noche de Navidad

atrae hasta a las almas más alejadas

-peregrinos descarriados o perdidos-,

como la luz de la casa paterna

en la oscuridad del bosque!

Oh, luz divina del Niño Jesús! suave y santa bondad de Dios y de la Iglesia de Dios!

Hermanos,
obremos con la bondad del Señor,
y así no tendrán que tener miedo
de que se pierda la obra que realizan:
toda palabra buena es un soplo de Dios:
todo acto, santo y grande,
de amor a Dios y a los hombres,
es inmortal!

La bondad vence siempre: tiene un culto secreto aún en los corazones más fríos, y más solitarios y alejados.

```
El amor vence al odio;
el bien vence al mal;
la luz vence a las tinieblas!
Todo el odio y todo el mal,
y las tinieblas todas de este mundo,
¿qué son frente a la luz
de esta noche de Navidad?
Nada! realmente nada
frente a Jesús,
frente al Niño Jesús!
Consolémonos y exultemos en el Señor!
Los males de la tierra
no tienen que hacernos perder
la efusión del Corazón de Dios;
la victoria final será suya,
del Señor!
Y el Señor vence siempre en la misericordia!
Todo pasa:
¡sólo Cristo permanece!
¡Es Dios, y permanece!
Permanece entre nosotros para iluminarnos,
para consolarnos,
permanece en su vida terrenal,
para darnos su misericordia!
¡Jesús permanece y vence,
pero en la misericordia!
```

Este discurso fue pronunciado por Don Orione en 1921 en la ciudad costera de Mestre, frente a Venecia, con ocasión de la inauguración del Instituto "Berna"

Espartaco representa el atropello y el descarrío de la fuerza bruta; Pablo, la fuerza de la caridad. ¿Quién configurará la grandeza moral de la humanidad? ¿Espartaco o Pablo?

En la actualidad, ciertos hechos de inmensa gravedad, y el clima popular que los rodea, presagian tiempos tormentosos. La cuestión social ha tomado un cariz nuevo y se ha vuelto tan amenazante y audaz, que provoca escalofríos a todas las naciones civilizadas.

A mayor carencia de fe en el pueblo, mayor y más ardiente será la sed de riquezas y placeres, que a veces llega a ser incontrolable furia. El que tiene poco, quiere mucho; y el que tiene mucho, quiere mucho más.

Si todo el hombre es riquezas y placer, si no hay bien alguno más allá de esta vida, si toda forma de enriquecimiento es buena; "¿por qué en la familia de los hombres -grita el pueblo descreído-, unos tienen que ser pobres, y otros son ricos?".

A la Roma de los Césares le sucedió otra Roma...: a la unidad del mundo por la fuerza, le sucederá la de las inteligencias que obedecen a Cristo.

En lugar del terror de las armas, lo que predominará y determinará el estilo de los pueblos nuevos será la grandeza moral; y para la redención de los pueblos, surgirá un nuevo orden de cosas y de ideas, con la fuerza de la verdad y del amor.

La violencia ha llevado el mundo a la perdición, la caridad lo salvará.

Tenemos que abandonar las obras de las tinieblas y revestirnos de las armas de la luz [Rom 13,12], y hacer el bien a todos sin discriminaciones de clase o de parcialidad, hacer el bien siempre hasta el sacrificio de nosotros mismos. Sólo entonces brillarán días mejores sobre nuestra Patria y el mundo.

La fuerza separa a los hombres; la caridad los une. La fuerza de la libertad no está en la violencia, no, es de orden moral; de suerte que si se pierden los principios morales, hasta el pueblo más fuerte está perdido.

¡Ya no hay griego [ni judío], circunciso o incircunciso, esclavo u hombre libre [Col 3,11], sino comunión de santos!

Esto es pura revelación de Dios y un poema maravilloso de caridad, y una luz nueva que envuelve al mundo y hace de la caridad la gran ley de vida para los hombres.

La naturaleza humana no puede intrínsecamente regenerarse a sí misma. Un hombre de la talla moral de Catón, por ejemplo, terminó quitándose la vida en medio de las escombros humanos de la libertad; es que la capacidad secreta que debe regenerar al mundo no proviene de los hombres.

En Espartaco el hombre es fuerza bruta, una cosa; En Pablo es una fuerza, pero es alguien libre, hijo (de Dios) y heredero.[Gál 4,7]

Lo que gobierna primordialmente al mundo civilizado es la inteligencia y el amor, y nada tiene tanta eficacia en el pensamiento y el buen amor, como el cristianismo. Se trata de un régimen a veces aceptado, a veces combatido, muchas negado y controvertido, y que en ciertos momentos de la vida (momentos que son años) parece vencido y aniquilado por el torrente de las pasiones humanas; pero es un régimen de amor que Dios puso en el mundo y que, por eso, no cesará jamás.

Es el amor, pues, y no el odio lo que podrá dirimir las divergencias entre los hombres y entre las clases sociales, y aplacar los partidos enardecidos y facciosos que hacen incierto el futuro de nuestra patria y del mundo.

Y este amor no puede ser otro más que Cristo. Sólo Cristo podrá resolver ese gran problema proyectando sobre los hombres una luz inmensa, sublime, de misericordia; y esa luz pondrá en evidencia el ínfimo valor de los bienes terrenales en comparación con el oro precioso de la sabiduría evangélica y del amor fraternal. Y la Providencia de Dios resolverá ese problema por medio del Cristianismo, en una labor apostólica de fe, de paz, de caridad.

Imaginar el futuro de las masas populares sin Dios, es algo más espantable que la misma opresión de un tirano.

¿Cómo imaginar un día en el que la humanidad no viviese más de Dios? Sin padre y sin madre se puede vivir, -dice Tolstoi-, pero no sin la luz de Dios; sin Dios, los pueblos se precipitan en la barbarie y la anarquía.

La palabra de Pablo fue locura para los griegos y escándalo para los judíos [1 Cor 1,23], y era la palabra de Dios, palabra de bondad, de castidad, de caridad. Era una doctrina superior: la fe en un Dios Padre, Padre de todos los hombres, omnipotente, creador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles e invisibles. [cf credo, y Col 1,16]

Era la fe nueva y superior en Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios, que se hizo carne en el seno de la Virgen María, murió en la Cruz por nosotros y al tercer día resucitó.

Era la palabra de Pablo, el evangelio de Jesucristo y de la Iglesia Santa de Dios, Iglesia única y universal que predica la resurrección de la carne, el perdón de los pecados, la comunión de los santos, la vida eterna.

#### HACIA EL TRIUNFO DE LA FE Y DE LA IGLESIA EN LA CARIDAD

Durante su primer viaje al Brasil y a la Argentina, el 16 de diciembre de 1921, desde Río de Janeiro, escribe

¡Almas, almas!

Querido P. Perduca,

...Luego de estar a los pies de Jesús Sacramentado, llorando de alegría y consolación, con mirada certera de Obispo más que con ojo intelectual de águila Bossuet profetizó diciendo: "He aquí que se prepara una nueva generación de Sacerdotes, una nueva y viviente apología del Cristianismo, que atraerá a la misma incredulidad: ¡será la época de la caridad, el triunfo de la Fe y de la Iglesia en la Caridad!".

"Felices los ojos que vean unirse el Occidente y el Oriente para dar lugar a los mejores días de la Iglesia", continuó el gran Obispo.

¡Nada podrá resistir a la caridad de Jesucristo y de su Vicario: a la caridad de los Obispos y Sacerdotes que darán todo lo que poseen, y su propia, vida para ser holocaustos divinos del amor de Dios entre los hombres! Y será una caridad ilustrada, que no rechazará ni la ciencia ni el progreso, ni nada de lo que es noble y haya signado la elevación de las generaciones humanas.

Caridad alegre que nunca se turbará y que, por ser veraz y auténticamente de Dios, no despreciará a la razón sino que le dará el lugar de honor que le corresponde; y le dará más importancia a la razón de la que le han dado hasta ahora muchos de los que parecían o se decían sus paladines, cultores, y hasta adoradores. Una caridad "que no cierra puertas", como diría nuestro Dante; una caridad divina, que edifica y unifica en Cristo; que surge de las raíces de la Revelación; que saldrá de la boca de la Iglesia Santa y Apostólica de Roma y bajará del Cielo, como río viviente, porque brota del Corazón mismo de Jesús Crucificado, e inaugurará, caracterizará, la época más importante, más cristiana, y más civilizada del mundo.

¡Y habrá cielos nuevos y una tierra nueva!1 Y la Cruz brillará en el cielo de las inteligencias, y dará a los pueblos nueva luz y esplendor de vida y de gloria: brillará con luz suave e inextinguible, como Constantino la viera brillar en el firmamento de las batallas.

Y aunque la vida siempre habrá de ser una lucha constante por la virtud, la bondad, el perfeccionamiento, se transformará en un ágape fraterno en el que todos den, en lugar de reclamar.

Y cada uno tendrá un corazón que vivirá de Dios, y se sentirá y será obrero de Dios: feliz de dar la vida por la justicia, por la verdad, por la caridad, por Jesucristo, que es Camino, Verdad, Vida, Caridad, y habrá un solo rebaño bajo la guía de un solo Pastor: Cristo Señor y Redentor Nuestro, el Cual, en su Vicario, el Papa, el dulce Cristo en la tierra, reinará con tanta gloria que desbordará todo pensamiento humano y toda esperanza de los buenos, y toda la tierra verá que el único verdaderamente grande es Nuestro Señor Jesucristo. ¡Y el Papa no será sólo el "Padre del pueblo cristiano", como dijera san Agustín (Ep.50), sino el Padre del mundo entero, hecho cristiano; todo el mundo se apoyará en él, girará en torno a él y obtendrá vida, salvación y gloria sólo de él, que al decir de san Benito José Labre es el "Vice de Dios en la tierra"!

Es cierto que parece imposible, todo esto, y una locura; y no será el hombre el que lo hará, el que pueda realizarlo, sino la mano de Dios. Será la misericordia infinita de Jesús, venido por nosotros, pecadores: será la divina e infinita caridad de Jesús Crucificado que quiere que su redención sea copiosa: que los hombres tengan vida, y la tengan en abundancia.2

¡Y será esa la hora de Dios, el gran día de Jesús, Señor, Salvador y Dios nuestro! Y Jesús derrotará al mundo así: en la caridad, en la misericordia.

Destruyamos incesantemente al egoísmo, y crezcamos en amor a Dios y a los hermanos: crezca Dios en nosotros de tal manera que ya no seamos nosotros los que vivamos sino El [Gál 2,20], y llenemos la tierra con un ejército nuevo: un ejército de víctimas que derroten a la fuerza: un ejército de sembradores de Dios, que siembran su propia vida, para sembrar y cultivar a Jesús, el Señor, en el corazón de sus hermanos y del pueblo; formemos un ejército grande, invencible: jel ejército de la caridad, bajo la guía de Jesucristo, de la Sma. Virgen, del Papa, de los Obispos!

El ejército de la caridad devolverá a las extenuadas masas humanas la vida y la luz fuerte y suave de Dios, capaz de revitalizar al mundo todo, y todas las cosas serán restauradas en Cristo, como dijo san Pablo.[Ef 1,10]

Y la tempestad, que ahora tanto asusta, se disipará y el caos actual será vencido, porque el espíritu de caridad lo vence todo; y, más allá de las nubes amasadas por las manos de los hombres, aparecerá la mano de Dios y Jesucristo recuperará todo su esplendor y su dulce señorío. (...)

## QUE TODA MI POBRE VIDA

### SEA UN CÁNTICO DE DIVINA CARIDAD

Tomado de una carta del 26 de junio de 1922, escrita en el viaje de regreso del primer viaje a América Latina (1921-1922) y transformada por el ardor apostólico en poesía, plegaria y vuelo místico.

Oh, sí, Jesús mío, yo anhelo cantar dulcísimamente, el cántico divino de tu caridad; pero no quiero esperar hasta llegar al cielo; apelo a tu infinita misericordia y te suplico, oh dulce Señor mío, Padre, Maestro, y Salvador de mi alma, que tu bondad me permita entonar este dulce cántico desde aquí, Señor, desde esta tierra; desde la inmensidad de estas aguas y esta cielo, desde este inconmensurable océano atlántico que habla de tu poder... y de tu bondad.

Dios mío, que toda mi vida sea un holocausto, un himno, un canto sublime de caridad y de consumación total en el amor a ti, oh Señor, y a tu Santa Iglesia, y a tu Vicario en la tierra,

```
y a tus Obispos y a todos mis hermanos.
Que toda esta pobre vida mía
sea un único cántico de caridad divina en la tierra,
porque quiero que sea
- por tu gracia, Señor -
un único cántico de divina caridad en el cielo!
¡Caridad! ¡Caridad! ¡Caridad!
"Oh, caridad y amor,
¿por qué me has tanto herido?
Mi corazón partido
está, y arde de amor!"1
¡Oh, Jesús, que baje hasta mí,
una chispita de ese fuego divino
que ardía en el pecho de tus Santos,
y consumía en amor de caridad a Francisco de Asís,
"todo Seráfico en su ardor";
que baje sobre mí,
oh Jesús, Amor mío,
y sobre mis hermanos,
y nos una, para siempre y dulcemente, sólo en Ti,
y nos dé vida y bendición!
¡Que descienda de Ti, Jesús, Amor y Vida mía!
de Ti, mi Señor Crucificado:
de Ti, Eucaristía:
de Ti, Caridad Infinita;
de Ti, Jefe y Misericordia divina,
y que se derrame en abundancia
```

sobre mí, que soy un pecador,

y sobre todos mis hermanos:

- que nos inunde como la luz del sol

que tú haces llover sobre la cabeza de buenos y malos [Mt 5,45]

- como el sol y más, y más, y mucho más todavía,

nos inunde a todos la onda de tu caridad,

nos purifique a todos,

nos penetre y nos transforme

- de modo que sumergidos en Ti, oh Dios mío,
- en un océano de caridad

(más inconmensurable que éste océano

en el que estoy navegando

y desde el que escribo,)

en un océano infinito de luz y esplendor

que nos hace más gloriosos

que el monte Hermón y el monte Sión; [Sal 133,3]

- cantemos para siempre las misericordias de Dios,

y que nos bendiga eternamente

el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo!

Porque el Señor da su bendición,

la vida para siempre.

¡Qué bueno y agradable

es que los hermanos vivan unidos!2

¡Y recen por mí, pobre pecador,

y háganlo siempre!

¡Y que Dios les dé su recompensa!

# ¡OH SANTA IGLESIA CATÓLICA,

#### MADRE SANTA Y MADRE DE SANTOS!

"Regalo de Navidad", de Don Orione a sus hermanos e hijos, escrita el 8 de diciembre de 1922.

... ¡Qué agradable es amarnos en Jesús y por Jesús! ¡Cuánta dulzura, cuánta vitalidad hay en este amarnos unos a otros, en la fe, en Jesucristo y el Papa, como ocurre entre nosotros, pobres hijos de la Divina Providencia! Jesús es todo nuestro amor, nuestro vínculo y nuestra vida: ¡y la Cabeza infalible de la Iglesia, el Santo Padre Pío XI, es todo nuestro amor, nuestro lazo de unión, nuestra vida!

¡Qué hermoso y santo es vivir así, como hermanos; con esta fe, con esta vida, con este amor: ¡amarnos así, como se ama en el Cielo!

Así era la fe y el amor de los Santos.

"El Papa es nuestro Dios en la tierra", predicaba San Bernardino al pueblo de Siena, en la Plaza del Campo, al despedirse de su ciudad, en 1427. Era la fe y el amor de un santo: ¡era la vida de Dios!

¡Ojalá se mantenga unión tan estimada y armónica de corazones fraternales, en el dulcísimo amor a Jesucristo, nuestro Dios y Señor, y al Papa, nuestro Dios y Señor en la tierra; y, si es posible, que incesantemente crezca e inseparablemente se estreche, a los pies del Niño Jesús y de la Iglesia Madre de Roma! Esta unión, cimentada en la fe y en el amor y, si es necesario, en la sangre, constituye nuestra fuerza jy será nuestra grandeza y nuestra gloria!

De modo que, a falta de otra alabanza, pueda decirse de nosotros como de los primeros cristianos: ¡Miren cómo se aman! (Tertuliano, Apologeticum).

Debemos amarnos, pero amarnos en el Señor, porque ése es el amor que el Señor quiere, el que le agrada: amarnos unos a otros y amar cada vez más a Jesucristo y al Papa, su Vicario en la tierra. Y adherirnos cada vez más estrechamente al Papa; porque a Jesucristo y al Papa, nunca se los ama demasiado; y por el Papa adherirnos y unirnos inefablemente a Jesús en su cuerpo místico que es la Iglesia: "así, siendo muchos somos un solo cuerpo en Cristo" (San Pablo, Carta a los Romanos 12,5) ¡Oh Santa Iglesia Católica, Iglesia de Jesucristo: luz, amor, dulce y divina Madre mía! ¡Madre Santa y Madre de Santos, tú sola te has librado de la confusión de lenguas! ¡Madre de nuestra vida, latido de nuestro corazón, vida de nuestra vida! ¡Que se nos pegue la lengua al paladar [Sal 137,6;] el día en que nosotros, pobres hijos de la Divina Providencia, hijos de tu fe, hijos de tus mártires y de tu amor, no te antepongamos a todos nuestros amores y todas nuestras alegrías!

Escrito dirigido a los jóvenes que se educaban en los Institutos de la Obra, mayo de 1923

Fue voluntario de guerra y después brillante oficial del ejército italiano; y volvió de la guerra condecorado y ciego.

Y su alma, que había probado la oscuridad del mundo, fue iluminada por la luz de Dios; y por los asombrosos caminos de la Providencia, la mano de Dios lo llevó hasta nuestro eremitorio de San Alberto de Butrio, donde entre valles y montañas boscosas halló soledad grande y sosegada paz.

¡Bendita soledad, sola felicidad! [beata solitudo, sola beatitudo]

La soledad, la sencillez de vida respondían admirablemente a los deseos de su corazón. Amaba las rocas, las mieses, los bosques y la frescura de las fuentes, el aire, el sol, las flores.

Descubría en todas partes las relaciones eternas que vinculan los misterios de la naturaleza y los de la fe, y se sentía transformado por el espíritu del Señor.

En su rostro, en su frente alta y serena, brillaba un rayo de belleza y elección divina, y vivía encendido de Jesús como un serafín.

Pidió y obtuvo ser ermitaño de la Divina Providencia: vivir oculto a todos, ser olvidado y siervo de todos, por amor de Cristo bendito. Y así trascurrió su vida, como un pobre frailecillo Vivió simple y piadosamente, con una piedad alegre, en el antiguo y ruinoso cenobio que a lo largo de los siglos había visto pasar a santos y a guerreros.

Su vida parecía crecer en fervor día a día; vida toda de amor a Dios y a los hombres, capaz de abrazar a todos, vencedores y vencidos. Muerto al mundo y a sí mismo, abrasado por la llama incandescente del amor divino, acudía presuroso a los pies del Crucificado y abrazándolos clamaba: ¿Por qué, dulce Señor mío, estás en la cruz, y yo no?

Nunca se supo quién era ese monje ciego, que para todos tenía una sonrisa, una palabra buena y delicada para todos. Habitantes de las montañas y peregrinos de paso, se asombraban al verlo recogido en profunda meditación, o tendido en la dura piedra donde el abad Alberto se había hecho santo; lo contemplaban erguido, con los brazos extendidos, cantando a Dios con ardiente caridad: "Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor - Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal". (San Francisco, Cántico de las creaturas)

Lo veían postrado ante la urna milagrosa del santo o ante el venerable y valioso altar de piedra, donde Bernardino de Siena, pocos años antes de su muerte que fue en 1444, peregrino hasta al eremitorio de San Alberto de Butrio, quiso consagrar el Cuerpo y la Sangre del Señor, para reconfortar a los monjes con la eucaristía; y con su voz tan pacífica y de místico fervor, cuan formidablemente profética.

En la soledad del silencio, lejos de la agitación y los engaños de la sociedad, la naturaleza enseña más sobre Dios que los libros de los hombres.

La suya fue una vida escondida con Cristo en Dios: vida de penitencia, de adoración, de elevación sublime del espíritu; fue como la voz de la oración, la vida de nuestro ermitaño ciego.

Conocía de letras y de música, sabía de armas, pero fue al eremitorio para conocer sólo y humildemente a Dios. "Vanidad de vanidades y todo vanidad" [Eclesiastés 1,2] a no ser amar a Dios y servirle a El solo.

Se hizo necio para ser sabio en Cristo [cf 1Cor 3,18-19], dejando las vanidades a los vanos, no deseando nada más que vivir en simple obediencia, con libertad de espíritu y gran caridad, sirviendo a Dios grata y alegremente. ¡Oh amable y siempre deseable servicio de Dios! ¡Oh santo estado, el servicio religioso, que hace al hombre semejante a los ángeles, terrible a los demonios y venerable para todos los fieles!

Y siguiendo a Cristo con su cruz, amando alegremente a Cristo en la cruz, nuestro valiente ciego de guerra supo esconderse de tal modo que fue el menor de todos y parecía que solamente sabía decir: ¡Ave, María! ¡Ave, María! en el coro; ¡Ave, María! a lo largo del claustro; ¡Ave, María! en el bosque; ¡Ave, María! en la celda; ¡Ave María! por la colina que lleva a la gruta de San Alberto; siempre ¡Ave, María!

Se llamaba Fray Avemaría.

Y así, habiendo conformado su vida a la de Cristo, terminó su "jornada antes del anochecer".

Murió un día, al caer la tarde. Quiso que lo llevaran a la primitiva y pequeña Iglesia de Santa María; y que lo tendieran sobre la tierra desnuda, a los pies de los frescos bellísimos de la Madre de Dios; allí cruzó los brazos y abrió los labios en una sonrisa luminosa. Evidentemente la Sma. Virgen, desde el cielo, había venido a buscarlo.

Y Fray Avemaría se transfiguró. La llamó y la saludó por última vez; su último aliento fue:¡Ave, María! "bella la muerte en su rostro lucía" 3 y revelaba toda su felicidad.

Desde la antigua torre subió "al viento el humilde saludo". La campana que había convocado a los pueblos medievales a reunirse contra el déspota Federico Barbarroja, la misma campana que había anunciado la libertad de las Comunas sobre los llanos lombardos, en esa hora pareció agitada en lo alto de la torre por la mano de un ángel. Con voz dulcísima comenzó a resonar por valles y montañas: ¡Ave, María! ¡Ave, María!

Un "suave deseo de llanto" invadió a los monjes vestidos de blanco, y de inmediato, el gozo, la paz, un fervor indeterminado, lo inundó todo; las últimas luces del atardecer se diluían en la noche; y por sobre las montañas, las laderas, por sobre las aguas del río Staffora bajaba al valle y se propagaba el dulce murmullo: ¡Ave, María!

Comenzó el velatorio. Los ermitaños, lloraban y cantaban al hermano los salmos de sufragio y del descanso eterno. Cuando callaron, se oyó del ataúd una voz clara, que decía: ¡Ave, María!

Luego de las exequias, los hermanos, llorando, lo llevaron a pulso al cementerio junto a la ermita; y por donde él pasaba florecía la hierba, y hasta las piedras florecían; y los pájaros cantaban a gloria.

El ataúd bajó a la fosa y la tierra lo cubrió. Y plantaron una cruz de madera que él mismo había hecho con sus manos cuando era ya ciego. En el ciprés callaron los gorriones, y en los castaños del bosque reposaron los cardenales.

Se hizo el silencio. En la paz de la noche, se oyó una voz suave que venía de la tierra, del lado del eremitorio, y se perdía por el sendero que conduce a una capillita solitaria. La voz dulce y suave decía: ¡Ave, María!

\*\*\*

Pasaron los días y los ermitaños de la Divina Providencia se reunieron a rezar sobre la tumba de fray Avemaría. Habían venido de lejos, desde la Calabria de San Bruno y de Casiodoro, desde Sicilia que vio a los primeros ermitaños y fue tierra de santos, y hasta de la lejana Palestina, donde vivió el Señor.

¡Llegaron, y fue el asombro! Sobre la tumba del Hermano había florecido un blanquísimo lirio, en cuya corola podía leerse en letras doradas:¡Ave, María! Quisieron arrancar la flor para llevárserla a la Virgen, pero resistía y no pudieron; excavaron y descubrieron que las raíces salían de la boca de fray Avemaría, y bajaban hasta su corazón.

Llorando de emoción, "llenos de asombro y de piedad", los buenos ermitaños cayeron de rodillas ante Fray Avemaría, bello como una flor, incorrupto, sonriente como un ángel, y comprendieron que a cada Avemaría nuestra, florece un lirio en la tierra y exhala perfume de gracia en presencia de la Santísima Virgen.

Y de pronto, una brisa leve sopló sobre sus cabezas, y reconocieron su voz que subía al cielo repitiendo: ¡Ave, María! ¡Ave, María! Y el azul del cielo se había perlado de estrellas y las estrellas que tachonaban el cielo eran todas las "Avemarías".

\*\*\*

Sepan, pues, mis queridos jóvenes, que cada vez que decimos un "Avemaría", se enciende en el cielo una estrella y brilla en honor a la Virgen.

A Ella le podemos ofrecer lirios y estrellas. Lirios para alfombrar el camino ante sus pasos y estrellas para diadema de su frente virginal, para añadir luz a su aureola.

Lirios que recogen los ángeles y estrellas que entretejen en guirnalda para Ella. Lirios que nos preceden para preparar el camino por el que subiremos hasta Ella; estrellas que iluminarán nuestro camino al cielo, como lo hicieron con San Benito, y nos prestarán un poco de su luz para nuestra corona eterna..

Para honrar a María, para obtener su favor y su maternal patrocinio en orden a nuestra salvación, hagamos brotar muchos de esos lirios, encendamos muchas de esas estrellas.

Que a nuestro paso, pues, crezcan ramilletes de lirios; constelaciones de estrellas se enciendan sobre nuestras cabezas.

Y que cada día y cada hora de nuestra vida y cada batalla del corazón estén señalados y sellados por nuestra plegaria: ¡Ave, María!

"Callen las fieras, los hombres, las cosas, el leve ocaso en el añil se esfume, y murmuren las cimas ondulantes:

¡Ave, María!".

¡Oh, jóvenes, Ave, María siempre!
¡Ave, María y adelante!
¡Ave María hasta llegar al cielo!

### LA EUCARISTÍA

Fragmento de una carta vibrante escrita a sus sacerdotes el 4 de enero de 1926

Si es verdad que el amor, o mejor, la caridad de Cristo nos apremia [2 Cor 5,14], ¿cómo no esforzarnos por hacerla ardiente y fecunda, recurriendo a Jesús, a la fuente viva y eterna de la misma Caridad, que es la Eucaristía?

"Sin mí nada pueden hacer", dijo Jesús.[Jn 15,5]

¡Necesitamos a Jesús! Y Todos los días. Y no fuera, sino dentro de nosotros, espiritual y sacramentalmente. El será nuestra vida, consuelo, y felicidad. Todo se basa en la Eucaristía: y no hay otro fundamento ni otra vida, ni para nosotros ni para nuestros queridos pobres . Sólo ante el altar del Dios de la humildad y el amor, aprenderemos a hacernos como niños [Mt 18,3] y pequeños para con nuestros hermanos y a amarlos como quiere el Señor.

Sin jamás forzar a nadie, pero con la fuerza persuasiva del amor de Dios en el corazón y en los labios, con expresiones sentidas que tocan y convencen y transportan; y el Señor se encargará de transformarnos y transfigurarnos en El, a nosotros y a nuestros queridos pobres. El será vida, consuelo y felicidad nuestra, y de aquéllos que su mano conduce hasta nosotros.

Sólo así llegaremos a ser un solo corazón con Jesús y con nuestros hermanos, los pobres de Jesús. No basta pensar en darles el pan material; antes del pan material tenemos que pensar en darles el pan de vida eterna, la Eucaristía.

Para permanecer en el Señor [Jn 6,56;15,9] es necesario que el Señor venga a nosotros con frecuencia, si es posible, todos los días.

El cuerpo necesita alimentarse todos los días; y el alma ¿no necesita su Pan, del "pan vivo bajado del cielo", que es para nosotros "remedio de inmortalidad", como escribía san Ignacio? Nuestros jóvenes serán honestos, si son piadosos y si reciben a menudo, y bien, los santos Sacramentos.

"El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él", ha dicho Jesús.[Jn 6,56]

¿Qué mejor que permanecer nosotros en el Señor y el Señor en nosotros? ¡Animo, queridos míos, la Caridad de Cristo nos apremia! [2 Cor 5,14]

¡El mejor acto de caridad que se le puede hacer a un alma, es darle a Jesús! Y el consuelo más dulce para Jesús, es llevarle un alma.

Éste es su Reino.

# ¡TODA NUESTRA CONFIANZA ESTÁ EN TI, OH SANTA PROVIDENCIA DEL SEÑOR!

De un volante del 20 de junio de 1927, en el que Don Orione renueva su abandono confiado y total en los brazos de la Divina Providencia.

¡Oh, Divina Providencia, Divina Providencia! ¡Nada más amable y adorable que Tú, que alimentas maternalmente a los pájaros del cielo y las flores del campo: a los ricos y a los pobres! ¡Tú abres los caminos de Dios y realizas los grandes designios de Dios en el mundo!

¡En Ti toda nuestra confianza, oh Santa Providencia del Señor, porque Tú nos amas mucho más de lo que nosotros mismos nos amamos! Y con la ayuda de Dios, no quiero hacer más preguntas, no quiero atarte las manos, no quiero entorpecer tu acción, sólo quiero abandonarme -serena, tranquila, enteramente-, en tus brazos. ¡Haz que te acepte como eres, con la ingenuidad del niño, con esa fe grande que no conoce límites! "¡Fe, pero una fe emorme...", como la del Beato Cottolengo, capaz de descubrir la luz en todas partes, y de ver a Dios en todo y por todo! - ¡Divina Providencia! ¡Divina Providencia!

Concédeme a mí, pobre y torpe siervo tuyo, y a las almas que rezan y trabajan junto a los pobres en silencio y con el sacrificio de sus vidas, dale a nuestros queridos bienhechores grandeza de corazón y caridad magnánima que no mide el bien que hace ni especula con cálculos humanos: esa caridad suave y bondadosa, que se hace toda a todos, que cifra su felicidad en hacer todo el bien posible a los demás silenciosamente; esa caridad que edifica y unifica en Jesucristo, con toda sencillez e inocencia.

¡Oh, Santa y Divina Providencia! Inspiradora y madre de esa caridad que es la bandera de Cristo y sus discípulos: anima Tú, consuela y recompensa con creces en la tierra y en el cielo a todos los que en nombre de Dios hacen de padre, madre, hermanos o hermanas de todos los desvalidos

Texto tomado de una famosa circular escrita el 15 de agosto a los párrocos de Italia para la campaña de vocaciones sacerdotales y religiosas.

Vengo a hacer una colecta, pero de vocaciones. En especial, busco jóvenes que tengan deseos de ser sacerdotes o hermanos y -con el consentimiento de sus familias-, estén dispuestos a formar parte de esta Congregación naciente de los Hijos de la Divina Providencia.

La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. ¡Hermanos, demos obreros, buenos obreros, para los vastos campos de la fe y la caridad!

Yo no vengo a cosechar: que cosechen los Obispos para sus seminarios; pero después, como cuando niño iba con mi pobre madre a espigar en los surcos bajo los rayos del sol, vengo también yo in Nomine Domini, a recoger las espigas que quedaron, esas humildes espigas que podrían quedar abandonadas. Y con la gracia divina trataré de obtener también de ellas el alimento y el pan de vida para las almas.

Después del amor al Papa y a la Iglesia, el ideal más estimado y el amor sagrado de mi vida son las vocaciones sacerdotales de niños pobres. Guiado misericordiosamente por la Divina Providencia, para ellos he comenzado esta Pequeña Obra; para ellos se abrió nuestra primera Casa en Tortona. Es decir, para aquéllos que el Obispo, muy a su pesar, no había podido aceptar en su Seminario. Y Dios la ha hecho crecer: ¡Cuántos buenos sacerdotes -y Obispos-, se han formado allí!

¡Cuánto camino se ha hecho para las vocaciones de los niños pobres! ¡He subido tantas escaleras y golpeado tantas puertas! Y era Dios quien me impulsaba, como a un trapo de piso. He pasado hambre, sed, y humillaciones muy dolorosas. ¡Pero eran como golosinas de Dios! ¡Hasta me cargué de deudas; pero la Divina Providencia nunca me dejó ir a la quiebra! Y sería para mi una gracia insigne si Jesús me permitiera seguir mendigando el pan para las vocaciones hasta el último instante de mi vida.

¡Almas, almas! ¡Busco almas! Con la ayuda de Dios quiero realizar una obra destinada a suscitar buenos religiosos, santos sacerdotes, apóstoles. ¿Quién se negará a ayudarme? ¡Por el amor de Dios bendito, háganme esta caridad!

#### DAR LA VIDA POR EL PAPA

Carta del 5 de enero de 1928 a sus religiosos polacos, en la que les recomienda vivamente la devoción, el amor y la obediencia al Papa.

La finalidad principal de nuestra Congregación es vivir del amor al Papa y difundir, especialmente entre los pequeños, los humildes y el pueblo, el más dulce amor al Papa, y la obediencia plena y filial a su palabra y sus deseos.

Sobre nuestras frentes tenemos que llevar escrito con orgullo el nombre del Papa; sobre nuestros corazones tiene que estar grabado el nombre bendito del Papa; nuestra vida tiene que estar consagrada al Papa y a la Iglesia Santa de Jesucristo.

El respeto, la obediencia y el amor a los Obispos que el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios tienen que ser ilimitadamente grandes, devotos y filiales. Pero más que a todos los Obispos debemos un respeto, una obediencia y un amor inextinguible, en la vida y en la muerte, al Papa, Cabeza de los Obispos y de la Iglesia.

Nuestro Credo es el Papa, nuestra moral es el Papa; nuestro amor, nuestro corazón, la razón de nuestra vida es el Papa. Para nosotros el Papa es Jesucristo: amar al Papa y amar a Jesucristo es la misma cosa; escuchar y seguir al Papa es escuchar y seguir a Jesucristo; servir al Papa es servir a Jesucristo; dar la vida por el Papa es dar la vida por Jesucristo!

La Congregación no podrá vivir, no deberá vivir más que para El; tiene que ser como un estropajo a sus pies, bajo sus pies; basta amarlo, basta vivir y morir por El! Vivir, trabajar y morir de amor por el Papa: ésta, y sólo ésta, es la Pequeña Obra de la Divina Providencia. Ella vive para difundir su nombre, su gloria y su amor; para sostener y defender su autoridad y libertad; para caminar en su luz.

No queremos ni conocemos otro maestro ni otra luz..., no conocemos ni queremos otro Pastor; no conocemos ni queremos otro Padre, otro Cristo público y visible en la tierra.

En nuestras conversaciones no dejemos pasar ni una sola palabra - no digo algunas, sino ni una sola palabra - que no sea respetuosa de la persona o autoridad del Papa, de las Sagradas Congregaciones Romanas, de los Nuncios Pontificios o Legados Papales, o que no muestre deferencia hacia las disposiciones de la Santa Sede.

Que el practicar aún las más pequeñas recomendaciones del Papa sea siempre un importante y grato deber para nosotros. En una palabra, sean siempre y en todas partes hijos fidelísimos del Papa; dediquen sus energías, su corazón, su mente y su vida al sostenimiento de la Iglesia de Roma, Madre y Cabeza de todas y cada una de las Iglesias del mundo; al sostenimiento del Papa, de su autoridad y libertad, y a la propagación de Su amor.

Y Jesucristo, Pastor Divino y Eterno, no dejará de bendecirlos, mis queridos hijos de Polonia, y de bendecir a su Patria, cuya fidelidad al Papa es uno de sus títulos y una de sus glorias más bellas.

#### NI ARROGANTES, NI MIEDOSOS

Texto tomado de una vibrante carta a sus religiosos del Brasil, del 12 de diciembre de 1930

...¡No basta mantener las posiciones alcanzadas; hay que seguir avanzando, y seguir, y seguir!

Non progredi, regredi est. ¡Detenerse, es retroceder!

Pasa con la virtud, con la gracia, con la vida espiritual y con las instituciones religiosas: ¡Detenerse, es retroceder!

Hay que actuar;

hay que actuar bien;

hay que hacer más. ¡Mucho, pero mucho más!

¡No quiero arrogantes ni soberbios, pero tampoco conejos miedosos..., no quiero gente débil; de mentalidad estrecha y pusilánime, carente de toda iniciativa sana, moderna, necesaria y buena, carente del coraje necesario!

Con la confianza puesta en Dios, -y no en nosotros- ¡adelante con ánimo levantado, con corazón grande y con gran decisión!

¡Dios está con nosotros y nos da su fuerza! ¿A quién temeremos? [Salmo 27,1]

¡En las huestes de Dios no hay lugar para el desaliento: somos soldados de Cristo y por tanto, debemos rezar, fijos en El nuestros ojos, y sin ningún temor; antes bien, nuestra confianza ha de ser superior a nuestras fuerzas: porque Dios está con nosotros! [Judit 13,11]

¡No se preocupen por las dificultades o por el poco fruto, y permanezcan unidos en la caridad de Jesucristo!

Su vida estará llena de sufrimientos y espinas... Pero no lo duden: ¡Dios está con ustedes si son humildes y están con Dios! Tomen su carga con fe, con viva fe y confianza en el Señor, pues la carga les viene de Dios y Dios está siempre junto a ustedes.

Que su fervor no sea inestable, inconstante, independiente o insubordinado a la más férrea disciplina, como debe ser la de la vida religiosa; sino celo ferviente, constante, iluminado; celo grande e inflamado, pero prudente en la caridad.

Sin un lúcido espíritu de iniciativa ciertas obras no se hacen; sobreviene el estancamiento, y su vida ya no sería apostólica sino pura fosilización, jo muerte lenta! ¡Adelante, pues!

¡Es cierto que no se puede hacer todo en un solo día, pero no hay que morir encerrados en casa o en la sacristía: fuera de la sacristía!

Nunca hay que perder de vista la iglesia y la sacristía; más aún, nuestro corazón debe estar siempre allí, la vida allí, donde está la hostia. Pero, con la prudencia debida, hay que lanzarse a otros trabajos, no quedarse solo en lo que se hace en la iglesia.

## ¡Fuera toda pusilanimidad!

Lejos de nosotros toda pusilanimidad detrás de la cual se oculta tal vez la pereza y la estrechez de ánimo. La pusilanimidad es contraria al espíritu de nuestro instituto, que es valiente y magnánimo.

# ¡AMO A MARÍA Y CANTO!

Tomado de un escrito del 31 de agosto de 1931. Don Orione, "pobre peregrino", recurre con confianza a María.

¡Quiero cantarle a la Santísima Virgen: déjenme amar y cantar! Soy un pobre peregrino en busca de luz y de amor: vengo al Santuario trayendo el rosario en mis manos quiero ser para siempre el escabel de sus inmaculados pies; a Ella acudo a pedir luz y amor: ¡amor a Dios y a las almas! Acudo a Ella para no perderme, después de haber atravesado profundidades, precipicios y alturas, barrancos y montañas, huracanes y abismos, tinieblas de espíritu

Acudo a Ella, y la paz de lo alto me cubre:

veo su manto desplegarse protector

sobre todas las tormentas,

y una serenidad indestructible

que trasciende las regiones de la luz humana

y supera todos nuestros fulgores

me envuelve y penetra.

y sombras oscuras...

El alma, inundada por la bondad del Señor y de su gracia, inflamada por el fuego de la caridad, arrebatada a las alturas y rebosante de amor, experimenta una alegría que es gozo espiritual, y se hace canto y embeleso, sed ansiosa de infinito, deseo de todo lo verdadero, de todo lo bueno, de todo lo bello: atracción y ardor de Dios siempre crecientes: amando en el Uno a todos: en el Centro a los rayos: en el Sol de los soles toda luz.

iY en esta luz embriagadora
me despojo del hombre viejo, y amo:
este amor me convierte en hombre nuevo
y amando canto, y canto!
Amo con amor inefable
y canto al mismo Amor Infinito
y a la Santísima Virgen del Divino Amor:
me lanzo hacia alturas inconmensurables
y con un grito repentino de victoria,
de gloria a Dios y a la Virgen Santa,
amo y canto.

## ESA NOCHE, LA LUZ DE LA LAMPARA ERA MÁS BRILLANTE

Fragmento publicado en el Boletín de Ntra. Sra. De la Guardia en diciembre de 1932.

He tenido un sueño.

Era una noche húmeda y brumosa; yo volvía a Tortona de a pie, de un sitio lejano, el frío punzante calaba mis huesos; sentía las piernas cansadas y me invadía la pesadez.

Cuando me iba acercando a nuestro Santuario alcé la vista instintivamente y en el punto más alto del edificio, donde dentro de poco habrá una hermosa estatua de la Virgen, hecha con el cobre fundido de las ollas rotas, vi brillar una luz tenue que parecía la estrella de María sobre su Santuario. Era la lámpara votiva, que esa tarde brillaba con una luz más viva.

Sentí que recuperaba las fuerzas: desaparecieron el cansancio y el frío, y me sentí completamente reconfortado; mi alma se llenó de una paz suave, como si escuchase la voz de la Santísima Virgen.

Apuré, entonces, el paso hacia el Santuario. Entré, ya no había nadie, sólo un gran silencio: sólo las lámparas ardían delante del Tabernáculo y a los pies de la Virgen. Entré, como en una nube, aroma de incienso y oración: ¡qué sensación de misticismo, qué maravilla! Ttodos dormían, ¿quizás los Angeles de la guarda de los niños habían descendido a incensar a la Virgen y su altar?

La noche era profunda y silenciosa. Me arrodillé en oración y me adormecí. ¡Qué dulce era tu mirada, oh Señora de la Guardia! Era un sueño, ciertamente, pero ¡qué maternales y consoladoras las palabras que brotaron de tus labios y de tu corazón, esa noche!

Y ofrecías a Jesús, tu Hijo, hermosísimo como jamás ojo alguno pudo verlo jamás, ni lengua podrá decir. Y le ofrecías tu vida por mí, pecador, y por mis hermanos; e implorabas a tu Hijo, pedías por la Iglesia; entre suspiros, invocabas la luz y la paz de Cristo para las Naciones y los pueblos. ¡Qué gran noche, Dios mío, la de ese sueño!...

Ah, Virgen bendita, ¿Tú quieres que cuidemos mejor tu Santuario y que lo visitemos más? Pues bien, ¡lo será! ¿Tú quieres que repare todo mal que hice, que sea más humilde, más orante, más sacerdote, y haga que tu Casa sea amada por todos?¡ Lo haré, Virgen Santa, no con mis solas fuerzas, sino con la ayuda del Señor lo haré! ¿Que hagamos mortificaciones y penitencias que ofrecerás Tú misma a tu Hijo, Jesús? ¡Está bien, haremos penitencia!

¿Quieres que oremos, que oremos bien, que oremos con fe? ¡Así lo haremos, como lo quieres Tú!

¿Dijiste que si oramos, brotará una gran luz de misericordia del Corazón, de las llagas, de Jesús Crucificado? ¡Sí, sí, Madre, oraremos! ¿Deseas que a todos llegue la fama de tu bondad? Bien, difundiremos ampliamente el boletín y se desparramará por todas partes la luz pura del amor a Dios y a Ti.

¡Quieres estar en medio de un jardín! ¿Qué puede significa esto? ¿Quisieras a tu Santuario rodeado por una corona de Institutos? ¿O un jardín de obras de caridad? Ah, pero las primeras flores queremos ser y tenemos que ser nosotros, los sacerdotes del Santuario, y nuestros clérigos, y los seminaristas más chicos, y los pobres y enfermos asistidos por nosotros:¡nosotros queremos ser tus flores, flores de virtud, tus flores, oh María, tu místico jardín! ¡Ayúdanos, Virgen Santa: que tu mirada nos transforme en flores de tu jardín!

¿Pides que los enfermos de alma y de cuerpo, que los que sufren, los atribulados, los vacilantes, vengan a Ti? ¿Y que todos invoquen tu santo Nombre? ¡Vendremos, oh María, vendremos! Con nuestros corazones te construiremos un trono dorado, te entonaremos un cántico de gratitud, de inmensas resonancias.

Solo te pedimos, Virgen celestial, que nuestras miserias no impidan jamás que de tu trono de gracias se difunda en el mundo tu gloria. ¡Haz que todos nuestros deseos, palabras y acciones tengan la fragancia de tu amor, oh Santa Virgen de la Guardia!

¡Que todos nuestros lectores, amigos, bienhechores y colaboradoras configuren una sola y querida familia! ¡Haz de todos los espíritus un solo espíritu, una sola alma, un solo corazón en Ti, oh María!

¡Que los hombres prueben las alegrías de una vida sobria, temerosa de Dios, cristiana; los jóvenes sean puros y vivan la fortaleza de su fe operante; las niñas vivan el dulce perfume de su inocencia, casta, pudorosa, como Tú, oh María!

¡Y nosotros, humildes y fieles a tus pies y a los de la Iglesia, seguiremos entonando sin cesar himnos de amor y agradecimiento a Ti, oh Santa Virgen de la Guardia!

#### DAR LA VIDA CANTANDO AL AMOR

Tomado de un escrito del 31 de agosto de 1931. Don Orione se abre en la oración y expresa la intensidad de sus deseos apostólicos y místicos.

La claridad y el amor de Dios

lejos de destruirme,

me templan,

me purifican y subliman,

ensanchan mi corazón

hasta guerer abrazar

a todas las creaturas

en mis pequeños brazos humanos,

para llevarlas a Dios.

¡Quisiera llegar a ser

alimento espiritual para mis hermanos,

que tienen hambre y sed

de verdad y de Dios;

quisiera revestir de Dios a los desnudos,

dar la luz de Dios a los ciegos

y a los deseosos de más luz,

abrir los corazones

a las innumerables miserias humanas

y hacerme siervo de los siervos

distribuyendo mi vida

a los más indigentes y abandonados;

quisiera llegar a ser el insensato de Cristo

y vivir y morir

de la insensatez de la caridad

```
por mis hermanos!
```

¡Caridad!

```
¡Amar eternamente
y dar la vida cantando al Amor!
¡Despojarme de todo!
Sembrar la caridad en todos los senderos;
sembrar a Dios de todas las maneras,
en todos los surcos;
sumergirme sin cesar,
infinitamente,
y volar cada vez más alto,
infinitamente,
cantando a Jesús y a la Santísima Virgen,
sin detenerme jamás.
Llenar todos los surcos
con la luz de Dios;
ser hombre de bondad entre mis hermanos;
inclinarme,
y extender siempre las manos y el corazón
para recoger
vacilantes debilidades y miserias
y depositarlas sobre el altar,
para que en Dios, se transformen en fuerza de Dios,
y grandeza de Dios.
Jesús entregó su vida con los brazos abiertos.
Es Dios el que ha venido a nosotros y se ha inmolado
con los brazos abiertos.
```

¡Quiero cantarle a la caridad! ¡Quiero tener el alma llena de benignidad para con todos! ¡Señor, imprime en mi frente y en mi corazón la Marca sagrada de la caridad. Abre mis ojos y mi corazón a las miserias de mis hermanos: que mi vida se inflame, como un fuego altísimo, delante de Ti, oh Jesús! ¡Vida ardiente! Haz de mi un brasero deslumbrante de luz. Vivir de la luz. De rodillas, con todas mis miserias, me postro suplicante ante tu misericordia, oh Señor, que quisiste morir por nosotros. Señor, no soy digno, pero tengo necesidad de tu alegría, alegría casta, alegría que arrebata y transporta en la paz, por encima de nosotros mismos y de todas las cosas: ¡alegría inmensa!

Cuando el alma decide superarlo todo en aras de ascender, y unirse a Dios: es la alegría de la humildad.

```
La caridad, está hambrienta de acción,
```

es una actividad que conoce lo eterno y divino.

La caridad no puede ser ociosa.

En Dios morimos y en Dios vivimos.

Me siento como un carbón encendido

sobre un gran altar:

vivir en El y El en nosotros.

¡Esto es lo sublime en la vida,

en la muerte,

en el amor,

en la alegría,

lo sublime en la eternidad!

¡El que sigue a María derrotará

a sus enemigos y llegará al reino

donde Ella reina con su Hijo,

en la gloria que no tendrá fin,

en la felicidad inmensa;

más alto todavía, en el silencio sagrado de lo Incomprensible,

donde reverbera arcano resplandor,

y mora el Altísimo!

Invoquen a Dios por el que

escribe esta locura de amor,

asistido por la gracia de Dios;

él a su vez ora por todos los que la lean.

Y que Dios nos haga el don de su Presencia:

con largueza y por toda la eternidad. Amén.

¡Oh, las maravillas de la Luz!

Otra espléndida página de Don Orione rebosante de amor a María, de abril de 1933.

... He visto moverse las piedras:

he oído arcanos cánticos celestiales

jy hasta las piedras cantaban!

soñé con la Santísima Virgen:

ihe visto a la Virgen trabajar con nosotros!

Las piedras del Santuario

y las obras de fe y de caridad

cobraban vida y florecían,

y cantaban con nosotros a coro: ¡María!¡ María!¡ María!

Y se alzaban hacia Ella como Angeles,

y con los Angeles,

casi como almas en adoración.

¡Qué pura y qué bella es la Virgen Santa!

¡Tan soberana, tan hermosa que parecía Dios!

¡Revestida de luz,

rodeada de resplandor y coronada de gloria;

grande y gloriosa, con la gloria y grandeza de Dios!

Pero, ¿quién podrá hablar de Ti, oh Virgen Santa?

¿Qué será, entonces, el Cielo?

¡No fue más que un sueño,

que duró breves instantes,

y todavía me siento como renacer;

el recuerdo de pasadas amarguras ha desaparecido,

el alma estalla en alabanzas y la inteligencia se aclara,

```
el corazón se ilumina y se inflama de suavísima caridad, siento una inmensa alegría y no quiero ni deseo nada más!
```

¡Te quiero a Ti, oh Santa Virgen:

Te llamo, Te sigo, Te amo!

¡Fuego, dame fuego,

fuego de santo amor a Dios y a los hermanos:

fuego de amor divino

que encienda las antorchas apagadas,

y resucite todas las almas!

Llévame, Virgen bendita,

a las muchedumbres de las plazas y caminos;

empújame a abrazar a huérfanos y pobres,

a los miembros abandonados, dispersos, sufrientes,

del Cuerpo de Cristo,

tesoros de la Iglesia de Dios.

¡Si tu brazo poderoso me sostiene,

podré llevarlos a Ti, oh Bienaventurada Madre del Señor!

Madre tiernísima de todos nosotros, pecadores,

de todos los afligidos.

¡Salve, toda blancura, Inmaculada Madre de Dios: augusta Reina!

¡Salve, oh gran Señora de la Divina Providencia,

Madre de Misericordia!

Tú tienes todo poder sobre el corazón

de Tu Dios y Tu Hijo Jesús.

jy tus manos están llenas de gracias!

## ¡HONREMOS Y AMEMOS A MARÍA!

Este artículo publicado en la revista de Ntra. Sra. De la Guardia, (del Santuario de Tortona), en 1934, es otro testimonio de la gran devoción de Don Orione a la Santísima Virgen.

La "bendita entre todas las mujeres", toda vestida de blanco se apareció y le dijo a una humilde niña: "¡Yo soy la Inmaculada Concepción!". Y con reiteradas apariciones e incesantes prodigios se dignó confirmar ese dogma consolador, proclamado cuatro años antes por el angélico y gran Papa Pío IX.

María es Inmaculada y llena de gracia para Sí, y para todos los hijos de Eva, porque es ejemplo para todos y Madre de todos. Todo el esplendor, la pureza y las gracias de los Angeles y Santos del cielo reunidos no pueden igualar el fulgor, la pureza inmaculada y la plenitud de las gracias con que está adornada y resplandece...

Honremos, pues, a María con nuestra oración, difundiendo su culto, con nuestra devoción más tierna e imitando sus virtudes. renovemos nuestras almas

con obras de fe y amor

a Dios y a los hermanos.

Honremos a María, despojándonos del orgullo,

y viviendo en humildad:

¡Ella fue muy humilde!

¡Honremos a María!

Despegando nuestros corazones

de los bienes de esta pobre tierra,

donde todo es vanidad y riquezas caducas;

y los humos y honores, y los apetitos de los sentidos,

itodo es ilusión!

¡Amemos a la feliz pobreza espiritual,

```
que María tanto amó:
```

levantemos el espíritu a las cosas invisibles, y corramos tras las huellas de los gozos sempiternos!

¡Honremos a María!

Invoquemos su nombre, supliquémosle que nos infunda un poco de su pureza inmaculada,

y que nos limpie;

que nos tome de la mano y nos guíe;

que nos conceda la sencillez de los corazones puros,

que ven a Dios y lo interpretan;

ique la Virgen Santa

nos dé el amar a Jesús por sobre todas las cosas,

y la fuerza de caminar virilmente con Cristo!

¡Honremos y amemos a María!

Amémosla dulcísimamente, como hijos, inmensamente!

¡Y cuando un día estemos en el cielo,

a Ella nos uniremos, y a los Angeles,

en la alegría, en el gozo inefable;

y, en Ella y con Ella,

honraremos y amaremos eternamente a Dios!

Publicado en la revista "La Piccola Opera della Divina Provvidenza" (1934). Texto fundamental para comprender la profundidad del celo apostólico de Don Orione, un celo que no admite ni mediocridades ni apatía. Los cristianos tienen que ponerse al servicio de la Iglesia y de la Patria por la causa del bien.

Amigos, con la vista en las alturas, trabajaremos con más ahínco; trabajaremos cada vez más y mejor, pro aris et focis: por la Iglesia y por la Patria.

Y si nos quedamos dormidos ¡despertemos y el Señor nos inundará con su luz! Revistámonos de la armadura completa de Dios, para poder resistir valientemente al mal y hacer el bien: robustezcámonos en el Señor y con su fuerza poderosa. ¡Y adelante con los santos esfuerzos y cansancios!

Gracias a Dios, nos sentimos a los pies de la Iglesia,

y avanzamos por la buena senda: ¡trabajar! ¡trabajar!

Acción, Amigos, acción católica como la quiere el Papa, como la quieren los Obispos: amor a Dios, a la Iglesia, celo, oración, diligencia en el bien, para nuestra salvación y la salvación de los hermanos.

¿Son tiempos nuevos? Fuera temores, y vacilaciones: marchemos a la conquista de los tiempos con ardiente e intenso espíritu de apostolado, y de sana e inteligente modernidad. Lancémonos a nuevas formas, a los nuevos métodos de acción religiosa y social, bajo la guía de los Obispos, firmes en la fe, pero con amplitud de criterios y de espíritu.

Nada de espíritus tristes o cerrados: siempre con el corazón abierto, en espíritu de humildad, de bondad, de alegría.

Hay que rezar, estudiar, avanzar. No nos fosilicemos. Los pueblos avanzan: avancemos también nosotros, con la mirada en lo alto, en Dios, con la Iglesia, empujando y no a la rastra.

Que todas las buenas iniciativas se presenten remozadas y modernas, con tal de poder sembrar, implantar profundamente a Jesucristo en la sociedad, y fecundarla en Cristo.

En las manos -y a los pies- de la Iglesia queremos y debemos ser levadura, una fuerza pacífica de renovación cristiana: con la confianza puesta en Dios, queremos restaurar todas las cosas en Cristo.

¡Trabajo! ¡trabajo! Esta es la enseñanza la historia, el ejemplo de los Santos, el mandato del Vicario de Cristo, la ley que Dios nos dio.

¡Firmes en la fe, unidos en un solo espíritu, en la integridad doctrinal de la Iglesia florezca incesantemente en nosotros la verdad en la dulce y diligente caridad!

Pongamos toda nuestra actividad al servicio de la Religión y de la Patria: miremos sólo y siempre el honor de Dios, el bien de la Iglesia, la salvación del prójimo. Con humildad y fervor llevemos a todas partes la impronta viva y luminosa de nuestra fe y de la doctrina de Cristo: ¡trabajemos! ¡trabajemos!

¡Adelante, con Dios y con María! ¡Que cada día sea como el primero: adelante, siempre adelante en las obras de bien!

Con renovado vigor y con fe viva creciente, fe siempre más ardiente y más grande, trabajemos incansables, en la construcción del reino, en la difusión de la caridad de Cristo, y en la salvación de las almas.

¡ALMAS, Y ALMAS!

De una carta de Don Orione desde la Argentina (Epifanía de 1935.)

```
Comenzamos un nuevo año:
sepamos dar gracias a Dios,
por tantos beneficios recibidos,
y comencemos hoy a amar
y servir verdaderamente a Jesucristo
y a la Santa Iglesia de Roma, nuestra Madre,
con el fuego ardiente de la caridad,
con todo el corazón,
con toda el alma,
con toda nuestra pobre vida.
Postrados a los pies de Dios,
pidamos humildemente perdón
a nuestro Padre celestial,
por todas nuestras ingratitudes pasadas,
y digamos de corazón:
"nunc incipio in Nomine Jesu":
ahora comienzo, en Nombre de Jesús:
comienzo a ser de Cristo y de su Iglesia:
"nunc incipio esse Christi et Ecclesiae".
¡Año nuevo, vida nueva:
vida santa y santificadora!
Año nuevo,
vida entera en Jesús, de Jesús, por Jesús!
```

¡Vivamos en Jesús!

Perdidos en su Corazón, inflamados de amor, pequeños, pequeños, pequeños: simples, humildes, bondadosos.

¡Vivamos de Jesús!

¡Como niños en sus brazos y su Corazón, santos e irreprensibles ante su mirada; sumergidos en amor de Jesús y de las almas, en fidelidad y obediencia ilimitadas a El y a su Iglesia!

¡Vivamos para Jesús!
Entera y totalmente para Él;
¡nada fuera de Jesús,
nada que no sea Jesús,
nada que no lleve a Jesús,
que no respire a Jesús!
De modo digno y coherente con la vocación
que hemos recibido,
moldeados sobre su cruz,
sobre su sacrificio y obediencia
"usque ad mortem", hasta la muerte,
en suave olor de oblación

y holocausto total de nuestras vidas.

#### ¡SIEMPRE ADELANTE EN EL BIEN!

Texto tomado de una carta que Don Orione escribió desde la Argentina con ocasión de la Pascua de 1935, en la que el afecto se mezcla tiernamente con los saludos pascuales.

¡Oh, gran Dios, Padre de bondad, de misericordia y de paz, bendice a mis Hijos lejanos, a mis alumnos y exalumnos; bendice a mis señores predilectos, mis Pobres, cobijados bajo las alas de tu Providencia! Hermanos míos, muy queridos y amados, escucho en mi interior las campanas de mi Patria lejana, que suenan a gloria; ese himno sonoro, por las ciudades y pueblos, despierta en mí los recuerdos más santos: esas campanas cantan la Resurrección de Jesús y me hacen llorar de fe, de alegría, de amor a Dios, de amor a ustedes, de amor a nuestra tierra.

Hermanos, que estos alegres ecos, no sean para todos nosotros

```
una simple recordación del pasado,
de que hace veinte siglos
resucitaba Jesús a nueva vida;
sino que hagan que, hoy,
nuestra alma resucite
a vida espiritual, vida más alta.
```

¡Valor, hermanos míos:
sursum corda! ¡Arriba los corazones!
¡y adelante, siempre adelante en el bien!
¡Ayer como hoy, Jesucristo es el mismo, y lo será siempre!

¡Felices Pascuas! ¡Felices Pascuas a todos!
¡Aleluya, Aleluya!

Que la bendición de este pobre sacerdote,
amigo y padre de todos ustedes,
sea anuncio y anticipo de aquella bendición abundante
que Dios misericordioso querrá concederles
en el día sin fin de la gloria!

¡Cristo ha resucitado!
¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!
¡Felices Pascuas a todos y a cada uno!
¡Recen siempre por mí!

¡Hermanos, estamos en Pascua! Nuestro Cordero, "el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo", ya ha sido inmolado: se ha hecho nuestro Sacrificio, nuestra Redención, nuestro Banquete. Y ha resucitado, para ser nuestra levadura divina, nuestra resurrección y nuestra vida.

¡Cristo ha resucitado, y está con nosotros! Esperanza nuestra llena de inmortalidad: Cristo ha resucitado y nos precede, Rey victorioso, Rey invencible: ¡Aleluya!

¡Estamos en Pascua! Hermanos míos, ¿Cómo no pasar de la tibieza al fervor de espíritu? ¿Por qué, si alguien se sintiera lejos de las fuentes divinas de la gracia, no va a querer resucitar de la muerte del pecado a la vida en Cristo y no va a darle a su propia alma la paz, la serenidad plena, la fe viva y enérgica del bien?

¡Cristo ha resucitado! ¿Y qué nos queda por hacer a nosotros, hermanos, en este tiempo de los ácimos pascuales? Que con las resoluciones más santas, con las intenciones más puras, con el corazón más humilde, vayamos a Jesús de madrugada al despuntar el sol, es decir después de habernos librado de la negra capa de nuestros vicios y pecados, con una buena confesión.

Y vayamos a su tumba con bálsamos y aromas, con el incienso de nuestras acciones y de nuestras virtudes.

Y no nos espante la pesada piedra, que es la ley escrita sobre tablas de piedra: ya ha sido removida, y se ha hecho liviana. La resurrección de Jesús ha facilitado todas las leyes, ilumina todos los misterios: reconforta nuestra vida con la esperanza del cielo.

Que la alegría y la felicidad de la resurrección consuelen en la fe a las inteligencias, hagan suave al corazón la palabra del Señor, y nos permitan pregustar aquí y ahora el gozo de nuestra propia resurrección a la vida eterna y a la gloria de Jesucristo! ¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!

¡Estamos en Pascua! Alabemos y celebremos con gozo inefable esta gran solemnidad cristiana, con los ácimos santos de la pureza, de la verdad y de la caridad. Redimidos y santificados por la virtud de Cristo, hagamos el propósito de mantenernos siempre ácimos de fe, de honestidad, de pureza, para que el Señor nos llene de toda su santa alegría, y nuestra vida sea fervor de santidad, y el corazón viva en Cristo, brille e incendie a todos con la caridad de Cristo.

### ¡CRISTO RESUCITÓ! ABRAMOS NUESTROS HORIZONTES

Desde la Argentina, Don Orione escribe esta carta a sus religiosos y amigos con ocasión de la Pascua de 1935. Texto estupendo en el que la fe de Don Orione estalla en un canto de esperanza y seguridad para una humanidad agobiada y descreída que encuentra en Jesús la resurrección.

¡Cristo ha resucitado! ¡Resucitemos con El! Abramos nuestros horizontes, levantemos nuestro espíritu a todo lo que representa una vida superior, a todo lo que sea luz, belleza, bondad, verdad y santidad! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Cristo ha resucitado! Acudamos a El: Sólo Él tiene regeneradoras palabras de vida eterna, y esa ley de amor y libertad, esperanza de crecimiento y salvación para todos los hombre, y todos los pueblos. Hermanos, los pueblos están cansados, desalentados; sienten que la vida sin Dios es efímera y vacía. ¿Estamos a las puertas de un gran renacimiento cristiano? Cristo tiene compasión de las muchedumbres: ¡Cristo quiere resucitar, quiere volver a ocupar su lugar: Cristo avanza: el porvenir es de Cristo!

¡Cristo ha resucitado! Veo a Cristo que vuelve:

ino, no es un fantasma!
¡Es El, el Maestro,
es Jesús que camina
sobre las aguas cenagosas
de este mundo turbulento y sobrecogedor.

¡El futuro es de Cristo!
¡Avanza, avanza, oh divino Resucitado!
La barca de este pobre mundo
hace agua por todas partes,
y se hunde sin Ti:
¡ven, Señor, ven!
¡Resucita en todos los corazones,
en todas las familias:
resucita, Cristo Jesús, resucita
en todas las regiones de la tierra!
¡Escucha el angustioso clamor
de las muchedumbres que te buscan:
mira, Señor, los pueblos que vienen a Ti.
Te pertenecen, Tú los has conquistado,
¡oh Jesús, Amor y Dios mío!

Extiende tus brazos sin fronteras,
oh Iglesia del Dios viviente,
y abraza a los pueblos
en tu luz salvadora.
¡Oh Iglesia verdaderamente católica,
Santa Madre Iglesia de Roma,
única verdadera Iglesia de Cristo,
nacida no para separar,

sino para unir y pacificar

a los hombres en Cristo!

¡Mil veces te bendigo y mil veces te amo!

¡Bebe mi amor y mi vida,

oh Madre de mi Fe y de mi alma!

¡Cómo quisiera hacer un bálsamo

con las lágrimas de mi sangre y de mi amor

para aliviar tus dolores

y derramarlo sobre las llagas de mis hermanos!

En este texto Don Orione confirma su visión de un futuro de redención por la cruz de Cristo.

Mientras haya lágrimas y esclavos en la tierra, Cristo vuelve, siempre volverá; volverá a dar plena libertad a su Iglesia. Volverá triunfalmente, en brazos del pueblo, sobre un trono de corazones.

Cuando parezca que el pueblo ha sido definitivamente arrebatado a Dios, entonces despertará como un hombre fuerte y comprenderá que sólo Cristo es su vida y su felicidad, y con voz potente y angustiosa invocará al Señor, el Dios de la misericordia.

Y entonces, con sólo levantar un Crucifijo el pueblo se arrojaría a sus pies y resucitaría a una vida más alta. Aunque se destruyeran los altares y se desparramaran las piedras del santuario. O aún cosas peores sucedieran; si sólo quedara en las ruinas un trozo de la Cruz que adoramos o un retazo del manto de María, jeso bastaría! Y el pueblo volverá a creer, a amar y a adorar, y a vivir; y el mundo asistirá a un nuevo y más vasto resurgimiento de vida cristiana y de civilización.

Es imposible vivir en medio del odio, y Jesús está preparando un gran cambio. Y la hora se acerca ya: todo lo está anunciando. La victoria final será siempre de Dios; y el triunfo de Dios - como Salvador y Padre que es-, será un momento grandioso de misericordia universal.

Queremos llevar a Cristo al corazón de los humildes y pequeños, al corazón del pueblo, y llevar al pueblo a amar cada vez más a Cristo, la familia y la patria.

Centrarlo todo en Cristo [Ef 1,10]: que los hombres y los pueblos se impregnen de cristianismo, que haya una restauración cristiana y social de la humanidad. (...) Pero hay que educar cada vez más a la juventud para Dios, e ir al pueblo, vivir su vida, sufrir sus sufrimientos.

Y en este tan doloroso y tan triste momento de la historia, Amigos, tomemos la resolución de conservar inextinguible y cada vez más ardiente el fuego sagrado del amor a Cristo y a los hombres. Y realicemos la caridad abriendo nuestra mano fraternal, y el corazón, especialmente a las clases proletarias, a los pobres obreros, a los más humildes y afligidos.

Difundamos en el pueblo, en la juventud, en la patria este vivificante amor cristiano.

Sin este fuego sagrado de amor y luz ¿qué sería de la humanidad? Oscurecida la inteligencia, helado el corazón como el mármol de una tumba, la humanidad viviría convulsionada por toda clase de sufrimientos, sin alivio ni consuelo, abandonada a la traición, los vicios, y los más nefandos crímenes.

¿Qué sería del hombre y de la civilización si las masas populares, dominadas por el egoísmo y las bajas pasiones, y envenenadas por insidiosas teorías comunistas, quebrantaran toda ley, todos los frenos de una vida honesta, cristiana y civilizada? (...) El mundo terminaría en llamas, y los hombres se despedazarían unos a otros, como ni las bestias.

¿Qué puede ganar la humanidad renegando de la caridad de Cristo?

Con Cristo todo se eleva, todo se ennoblece; la familia, el amor a la patria, los talentos, las artes, las ciencias, la industria, el progreso, la organización social: sin Cristo todo se rebaja, todo se oscurece y se pierde: el trabajo, la civilización, la libertad, la grandeza, las glorias pasadas; todo se destruye, todo muere.

El 29 de agosto de 1935, fiesta de la Virgen de la Guardia, Don Orione habla por radio desde la Argentina a los devotos reunidos en el santuario votivo de Tortona.

```
¡Salve, Madre bondadosísima,
que todo lo ves y escuchas,
aún de lejos!
¡Recibe mi saludo, humilde, reverente y filial;
adivina el ferviente palpitar de este corazón
que a través del mar
llega hasta el tuyo!
¡Alégrate, sublime Mujer del Cielo,
y recibe mi agradecimiento
por tus muchos beneficios y prodigios!
¡Madre de nuestras madres,
omnipotente por gracia ante el corazón de Dios,
ruega por nosotros, pecadores!
¡Aquí estoy, yo también me hago presente en tu gran fiesta,
en tu triunfo, oh María!
¡Me postro ante ti,
levanto a ti mi mirada
y te ofrezco las aflicciones de mi espíritu,
a Ti, que "un día también lloraste"!
Te invoco, y te suplico por mí y por todos,
```

ioh Virgen, Señora, Santísima!
iA tus pies entrego mi corazón
y toda mi pobre vida:

mil veces te bendigo,
mil y mil veces te amo!

iOh estrella, puesta por Dios
en el horizonte del cristianismo,
para que a ti se dirijan los deseos
de todos los que sufren y esperan!
iBasta pensar en Ti, y el corazón se calma,
la mente se serena,
y se difunden la paz y la alegría!
El Todopoderoso, que te ha dado
la plenitud de la gracia en esta tierra,
te ha dado en el cielo la plenitud del poder
en favor de los que imploran
tu santo patrocinio.

¡Oh Virgen santísima,
nunca invocada en vano,
danos la fuerza y el amor de querer
lo que Dios quiere de nosotros!
¡Vuelve siempre tus ojos misericordiosos
a nuestras miserias,
y derrama copiosamente tus gracias
sobre la muchedumbre
que acude a Ti y te ama!
Tanto a los ricos como a los pobres,
a los sanos y los enfermos,
a los viejos y los jóvenes,
a los buenos y a quienes no lo son
dales la luz y el gran consuelo de la fe,

como Dios, que hace brillar el sol sobre buenos y malos.
¡Cuánto amor delicado,
cuántos sentimientos de bondad,
qué fuente viva de santidad,
ha hecho brotar tu ejemplo, oh María!

#### ¡NAVIDAD ES PAZ PARA TODOS!

De una carta escrita por Don Orione a sus exalumnos, bienhechores y amigos para la Navidad de 1935.

El Ángel se les apareció a los pastores porque eran pobres, sencillos y piadosos; y llamados a la gruta de Belén, su corazón se enterneció ante el Niño Dios. El Señor se manifiesta a los humildes, a los puros, a los sencillos. Eran hombres de buena voluntad, y los ángeles proclamaron sobre ellos la paz.

1¡Apareció el nuestro Dios y Salvador, el Mesías! Nace para salvar a todos los hombres; y su resplandor divino brilla hoy sobre nosotros, renovados por su gracia, e inundados por su luz y su paz. ¡Sólo su vida llena los corazones!

El que nace es Jesús, que perdona a los enemigos, vence al mal con el bien y establece el mandato de amar a todos los hombres: Jesús, el autor de la vida, el redentor del mundo, el que da la inmortalidad.

Oh Dios grande y bondadoso, Dios omnipotente y eterno, que por nosotros te hiciste niño, y nos alegras todos los años con la fiesta de Navidad, purifica nuestra vida mediante los misterios celestiales de los sacramentos; edifica en nosotros el Reino de tu santo amor y de tu paz suavísima; dirige nuestra voluntad hacia el bien y nuestras acciones según tu voluntad;

Haz, oh Señor,

que caminemos siempre por el camino recto,

bajo tu mirada:

siempre a los pies de tu Iglesia, con gran humildad, sencillez y alegría.

¡Oh Jesús bondadoso, Jesús amor!
nosotros te queremos amar y servir
con gran caridad y santa alegría,
jubilosos siempre por la feliz esperanza,
amando y viviendo en humildad y pobreza,
como tú, Jesús, nos enseñaste,
con tu nacimiento, tu vida y tu muerte.
¡Hacer siempre el bien a todos,
oh Jesús,
siempre bendiciendo y jamás maldiciendo!

¡Colmados con las delicias celestiales de tu santa Navidad, sólo pedimos amarte, amarte! Y que el consuelo de la paz se difunda por toda la tierra Este texto se ha tomado de un mensaje de Don Orione enviado desde Buenos Aires en 1936, en el que exhorta a sus bienhechores y amigos a ser apóstoles de la Caridad.

No hay cosa que más quiera el Señor que la caridad para con el prójimo y especialmente para con las almas. ¡Almas y almas!

La caridad nos edifica y une en Cristo, la caridad es paciente y benigna, es suave y fuerte, es humilde, iluminada y prudente, se compadece de los defectos ajenos, goza con el bien de los demás, pone su felicidad en hacer el bien a todos, aún a los enemigos, se hace todo para todos, es omnipotente y triunfa sobre todas las cosas.

Nuestro Dios es un Dios apasionado de amor, Dios nos ama más de lo que un padre ama a sus hijos, Cristo Dios no vaciló en sacrificarse por amor a la humanidad. En el más desdichado de los hombres brilla la imagen de Dios. El que da a un pobre, da a Dios y obtendrá de la mano de Dios la recompensa.

Que la Providencia nos mande hombres de caridad. Como un día sacó de las piedras hijos de Abrahán, así suscite una legión y un ejército, el ejército de la caridad que llene de amor los surcos de la tierra, llenos de odio y egoísmo, y alivie finalmente a la humanidad angustiada.

Seamos apóstoles de caridad, dominemos nuestras pasiones, alegrémonos del bien ajeno como si fuera nuestro propio bien; pues así será en el cielo, como dice el propio Dante con su poesía sublime. Seamos apóstoles de caridad, de amor puro, amor sublime y universal; hagamos reinar la caridad con dulzura de corazón, compadeciendo, ayudándonos mutuamente, tendiendo nuestra mano y caminando juntos. Sembremos abundantemente a nuestro paso obras de bondad y de amor, y enjuguemos las lágrimas de los que lloran.

Escuchemos, hermanos, el grito angustioso de tantos otros hermanos que sufren y buscan a Cristo; salgamos a su encuentro como buenos samaritanos y sirvamos a la verdad, a la Iglesia, a la patria, en la caridad.

¡Hacer el bien a todos, hacer el bien siempre y nunca hacer daño a nadie! Y así como el sol inunda con su luz el universo, así resplandezca el sol de la gloria sobre Italia, purificada de las sectas y estrechamente unida a la Iglesia, en una efusión inefable de la caridad de Cristo; y, rotas las cadenas de los pueblos todavía bárbaros y esclavos, vean las gentes brillar tu frente, oh Roma, que eres la única que no conoce la confusión de las lenguas, y encuentren la caridad en la luz cristiana y civilizada de la vida nueva.

Don Orione escribe para la Pascua de 1936 a sus bienhechores y amigos. Visión profética de un mundo renovado por Cristo, defensor de los oprimidos y los pobres.

¡Cristo ha resucitado! Que resucite también en nosotros si hemos desfallecido en el camino: viva en nosotros con su gracia, y nosotros vivamos en El y por El, ya que fuera de El no hay vida ni consuelo que valgan.

¡Vivir en Cristo y hacer vivir a todo el mundo de Cristo! Que la victoria del Señor sea también nuestra victoria, y la muerte sea también para nosotros un paso a la vida nueva, y haga algún día radiante este cuerpo que la tumba sólo recibirá en depósito pasajero.

¡Cristo ha resucitado! Y está en medio de nosotros, está siempre con nosotros, para enjugar toda lágrima y transformar en amor todos los sufrimientos.

Levantemos, hermanos, la mirada de la fe: Cristo viene viviente con los vivientes a darnos vida con su vida en la efusión copiosa de la redención. Avanza radiante, envuelto en su gran manto de misericordia, amable y poderoso, "coronado con signos de victoria".

Avanza al clamor angustioso de los pueblos: Cristo viene trayendo a la Iglesia en su corazón, y en sus manos las lágrimas y la sangre de los pobres: la causa de los afligidos, los oprimidos, las viudas, los huérfanos, los humildes, los marginados.

Y detrás suyo se abren nuevos cielos: es como la aurora del triunfo de Dios. Son pueblos nuevos, nuevas conquistas; es todo un triunfo jamás visto de la caridad grande y universal, pues la victoria final es suya, de Cristo, y Cristo vence en la caridad y la misericordia.

El futuro le pertenece a El, a Cristo, Rey invencible; Verbo divino que regenera; Camino de toda grandeza moral; Vida y fuente viva de amor, de progreso, de libertad y de paz.

¡Cristo ha resucitado, exultet! Alabemos a Cristo: cantemos también nosotros el magnífico himno, el himno triunfal de la resurrección cantado por el gran San Agustín.

Exultet! Exultet la muchedumbre de ángeles del cielo: resuene la trompeta de la salvación y levantémonos todos a celebrar el triunfo de Cristo Rey, que reinó desde el Leño de la cruz.

Exultet! Goce toda la tierra, inundada de tanto fulgor y, libre de las tinieblas del mundo, se sienta por fin libre y salvada: que conozca a Cristo, respire el Espíritu de Cristo y lo viva, con un gran amor a Dios y a los hombres, en la ciencia de la caridad.

Exultet! Álegrese la Santa Iglesia, fundada sobre la Piedra de Pedro, adornada y hermoseada con una luz tan maravillosa, y en sus templos resuene el eco del gozoso clamor de los pueblos

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Desde la Argentina, durante el viaje en barco por el Paraná hacia Itatí (Corrientes) Don Oriones escribe a sus religiosos reunidos para los ejercicios espirituales, el 24 de junio de 1937

Todo es posible para el que cree, para el que permanece con firmeza y humildad en el Señor y a los pies de la Iglesia y de Quién la representa. ¡Bienvenidas sean, pues, las experiencias que brotan de la fe, y que sean muchas e importantes, y que Dios nos asista para que sepamos realizar práctica, viril y santamente! Y así, sostenidos por la mano de Dios, reconfortados con la bendición del Papa y los Obispos, nuestros corazones no se turbarán jamás.

Las pruebas y sufrimientos, si recibidos de las manos de Dios, no harán sino aumentar nuestra Fe: ella arderá con nuevo ardor, brillará con nueva luz, y será vida y calor espiritual para nosotros, será vida y luz de Cristo para las muchedumbres de niños pobres de toda raza y color, y para las multitudes inmensas de obreros y de pueblos alejados de Dios.

Animo, hijos míos, que el futuro es de Cristo y de quien vive en la Fe, fe diligente y activa en la verdad y la caridad, hasta entregar la vida, hasta el holocausto total, para la salvación de nuestros hermanos.

Animo, adelante, en espíritu de Fe y de fidelidad, de piedad sólida y ardiente; abramos nuestros corazones a la confianza más plena, al más dulce amor a Dios y al prójimo.¡ De la Fe nace la vida! El Reino de Dios no es cuestión de palabras sino del poder de la Fe y de la caridad en Cristo. (Cfr. 2Cor 4,20)

Seamos, pues, fuertes en la fe, y pongámosla en práctica con las obras de la caridad. Perseverantes en la oración, firmes en la Fe, pequeños y humildes a los pies de la Santa Iglesia, Madre de nuestra Fe y de nuestras almas, esperemos tranquilos y serenos la hora de Dios. El Señor, que con su mano ha enjugado tantas lágrimas nuestras, convertirá en gozo todas nuestras tristezas: ¡tengamos Fe!

Pero no le pidamos a Jesús que nos libre de tribulaciones y cruces, esa sería nuestra mayor desgracia: pidámosle hacer sólo y siempre su voluntad tal y como nos la manifiesta la Santa Iglesia, y esto hoy, mañana y siempre, y siempre en perfecta alegría, in Domino.(En el Señor)

Si una oración perseverante debiéramos hacer, esa es el pedirle su Santo amor, y nuestra santificación en la caridad: supliquémosle que, si es su voluntad, nos haga compartir sus dolores y nos sumerja en el piélago amarguísimo de su corazón traspasado, palpitante de misericordia y caridad para con nosotros. Y nos dé la gracia de sufrir algo para aliviar los dolores del "dulce Cristo en la tierra", nuestro Santo Padre, y de la Iglesia tan perseguida.

### ¡CUANTAS VECES SENTÍ A JESÚS JUNTO A MI!...

Otro fragmento de la misma carta escrita el 24 de junio de 1937, a bordo del barco que lo llevaba a Itatí.

El Dios omnipotente que, por la Fe, sacó de las piedras hijos de Abrahán: el Dios grande y bueno que para propagar la Fe se vale a menudo de lo débil para confundir lo fuerte, y lo que no es para confundir lo que es, para que todos reconozcan que las cosas más maravillosas no son obra del hombre sino de Dios: El, el Señor y Padre nuestro me ha traído a esta lejana tierra [argentina], a este inmenso y lejano río, para que diera testimonio de la Fe.

Sostenido por la gracia de Dios y la bondad maternal de la Iglesia, he evangelizado a los pequeños, a los humildes, al pueblo; he tratado de evangelizar a los pobres, de reconfortarlos con la fe y el espíritu de la caridad cristiana. Confieso que hubiera tenido que hacer mucho, muchísimo más, y de ello pido perdón al Señor. He evangelizado a los pequeños, a los humildes, al pueblo, al pueblo pobre que se intenta alejar de Dios y la Iglesia, envenenándolo con teorías perversas.

En nombre de la Divina Providencia, he abierto los brazos y el corazón a sanos y a enfermos, de toda edad, de toda religión, y de toda nacionalidad: junto con el pan material, hubiera querido darles a todos, pero especialmente a nuestros hermanos más sufridos y abandonados, el divino bálsamo de la Fe. Muchas veces he sentido a Jesús junto a mí, muchas veces lo he como entrevisto a Jesús en los olvidados y en los más desvalidos.

Esta Obra es tan querida al Señor que parecería ser la Obra de Su Corazón; ella vive en el nombre, en el espíritu y la Fe en la Divina Providencia: el Señor no me ha mandado a los ricos sino a los pobres, a los más pobres, y al pueblo.

Hijos míos, el Señor nos llama para esto: ¿Y nosotros vamos a ser hombres de poca Fe?

Fe grande, bienhechora, Fe inmortal que vives y creces a los pies de la Iglesia de Jesucristo y floreces en la caridad.

¡De la Fe, nace la vida!

El Reino de Dios no consiste en palabras sino en el poder de la Fe y la caridad en Cristo. Despojémonos de la vieja levadura, purifiquemos nuestra vida, revistámonos de la armadura de la Fe, y seremos bendecidos más que los hijos de Abrahán. Cuando fuimos bautizados en

Cristo, fuimos revestidos de Cristo: ahora todos somos hijos de Dios en Jesucristo, por la Fe. Y los mismos bienes que esperamos, es decir la Vida eterna, los esperamos por la Fe, por la gracia del Espíritu Santo. Seamos, pues, fuertes en la Fe y pongámosla en práctica con las obras de caridad. "Manténganse firmes en la fe".

¡Divinas palabras de seguridad y ternura! Perseverantes en la oración, firmes en la Fe, pequeños y humildes a los pies de la Santa Iglesia, Madre de nuestra Fe y de nuestras almas, esperemos tranquilos y serenos la hora de Dios. El Señor, que con su mano enjuga nuestras lágrimas, convertirá en gozo todas nuestras tristezas: ¡tengamos Fe!

### LA GRAN MADRE QUE NO MUERE

Su última visita al Santuario de Itatí (Corrientes, Argentina), el 27 de junio de 1937, inspira a Don Orione los sentimientos marianos volcados en esta carta.

María! María Santísima!

No eres tú "el segundo nombre"?

¿Hay algún nombre más suave y más invocado

después del nombre del Señor?

¿Hay alguna creatura humana,

alguna mujer, alguna madre más grande,

más santa, más piadosa?

Nuestras madres pasan, mueren;

María, Madre de nuestras madres,

es la gran Madre que no muere.

Han pasado veinte siglos,

y está hoy más viva

que cuando cantó el Magnificat

y profetizó que todas las generaciones

la llamarían bienaventurada.

María perdura, vive y permanece,

porque Dios quiere que todas las generaciones

la sientan y tengan como Madre.

María es la gran Madre

que resplandece de gloria y de amor

en el horizonte del cristianismo;

es guía y consuelo para cada uno de nosotros:

es Madre poderosa y misericordiosísima

```
para todos los que la llaman e invocan.
Es la Madre misericordiosa y santísima
que siempre escucha los gemidos del que sufre,
siempre dispuesta a escuchar nuestras súplicas.
```

Es Dios quien la hizo tan grande:

"el Todopoderoso he hecho en mí grandes cosas" [Luc 1, 49]

y la hizo grande porque la vio tan humilde,

"El miró con bondad la pequeñez de tu servidora" [Luc 1, 48]

y la hizo grande,

llena de gracia,

bendita entre todas las mujeres,

toda pura e inmaculada,

porque la eligió por Madre,

y, como tal, quiere que sea honrada

por sobre toda la creación.

Y el honor rendido a Ella

sube hasta su Hijo, el hombre-Dios,

Jesús, nuestro Señor.

Esta es nuestra fe en María, nuestro culto y nuestro dulcísimo amor

a la Virgen Santa, a la Madre de Dios

Nosotros vamos a Jesús por María.

Los pastores buscaron a Jesús,

y lo encontraron en los brazos de María.

Los Reyes Magos vinieron desde una región lejana buscando al Mesías,

y lo adoraron en los brazos de María.

Y nosotros, pobres pecadores, ¿dónde podremos encontrar ahora y siempre a Jesús?

¡Hijos míos, lo encontraremos y adoraremos

en los brazos y en el corazón de María!

Poco antes de dejar Itatí (Argentina), el 29 de junio de 1937, escribe esta carta colectiva.

¡Ave, María, llena de gracia, intercede por nosotros! Tú has querido servirte de nosotros, miserables, llamándonos misericordiosamente al altísimo privilegio de servir a Cristo en los pobres; has querido que fuéramos servidores, hermanos y padres de los pobres, viviendo de gran fe y totalmente abandonados en la Divina Providencia.

Nos has dado hambre y sed de almas, ardentísima caridad: ¡almas, almas!

¿Qué hubiéramos podido hacer nosotros sin ti? ¿Qué podríamos hacer si Tú no estuvieras con nosotros? Por lo tanto, ¿a quién iremos, si no es a Ti?

¿No eres Tú la meridiana luz de caridad? ¿No eres la fuente viva de aceite y de bálsamo? ¿No es en Ti, bendita entre todas las mujeres, donde Dios ha reunido toda la potencia, la bondad y la misericordia? Sí: "En Ti la misericordia, en Ti la piedad, en Ti la magnificencia; en Ti se reúne todo lo que hay de bondad en la criatura". ¡Sí, sí, santa Virgen mía! Tú lo tienes todo y "Tú puedes todo lo que Tú quieres".

Por lo tanto, desciende y ven a nosotros; corre, oh Madre, porque el tiempo es breve. Ven e infúndenos una profunda vena de vida interior y de espiritualidad. Haz que nuestro corazón arda de amor a Cristo y a Ti.

Haz que veamos y sirvamos a tu divino Hijo en los hombres; que con humildad, en el silencio y con anhelo incesante conformemos nuestra vida a la vida de Cristo; que lo sirvamos con santa alegría y con gozo espiritual vivamos nuestra parte de la herencia del Señor en el misterio de la Cruz. ¡Vivir, palpitar, morir a los pies de la Cruz o en la Cruz con Cristo!

Da a tus hijitos, Beatísima Madre, amor, amor; ese amor que no es terreno, que es fuego de caridad y locura de la cruz.

Amor y veneración al "dulce Cristo en la tierra"; amor y devoción a los Obispos y a la Iglesia; amor a la Patria, así como Dios lo quiere; amor purísimo a los niños, a los huérfanos y a los abandonados; amor al prójimo, particularmente a los hermanos más pobres y que más sufren; amor a los rechazados, a los que son considerados como restos, desechos de la sociedad; amor a los trabajadores más humildes, a los enfermos, a los inhábiles, a los abandonados, a los infelices, a los olvidados; amor y compasión por todos: los más alejados, los más culpables, los más adversos, todos; y amor infinito a Cristo.

Danos, María, un ánimo grande, un corazón grande y magnánimo, que llegue a todos los dolores y a todas las lágrimas. Haz que seamos verdaderamente como nos quieres: los padres de los pobres.

Que toda nuestra vida esté consagrada a dar Cristo al pueblo y el pueblo a la Iglesia de Cristo; que ésta arda y resplandezca de Cristo y que se consuma en Cristo, en una luminosa evangelización de los pobres. Que nuestra vida y nuestra muerte sean un cántico dulcísimo de caridad y un holocausto al Señor.

¡Y después... después, el santo Paraíso! Cerca tuyo, María, siempre con Jesús, siempre contigo, sentados a tus pies, joh Madre nuestra, en el Paraíso, en el Paraíso!

\*\*\*

Fe y valor: ¡Ave María y adelante! Nuestra celestial Madre nos espera y nos quiere en el Paraíso. Y será pronto.

### DISPERSOS POR EL MUNDO Y UNIDOS AL PAPA EN LA FE

Durante el viaje de despedida, navegando por el río Paraná, desde Itatí a Buenos Aires (29 de junio de 1937). Comparte con sus religiosos dispersos por el mundo la profunda ansia pastoral de llevar a los humildes y pequeños al Papa, a la Iglesia, a Cristo.

Hoy es la fiesta del apóstol San Pedro, fiesta del Papa. Desde ayer a la una de la madrugada estoy navegando por el Paraná, a eso de las seis de la tarde espero llegar a Rosario, donde permaneceré esta noche y parte del día de mañana; luego una escapada a Buenos Aires para la última visita a las otras casas.

En todas partes hoy se ora por el Papa, se enaltece al Papa, se mira con inmenso amor a Roma y al Papa, "dulce Cristo en la tierra". Y yo en medio del río Paraná pienso en los hermanos e hijos que dejé ayer en medio de la noche en los extremos confines de la Argentina, frente al Paraguay; en los que están en el Chaco, en los que veré esta noche en Rosario, en los que están en la Pampa, en Mar del Plata, y en otros puntos de esta república; en los del Uruguay y el Brasil; en los de Albania, Rodas, Inglaterra, Polonia; y en Uds. que están en Italia. Hoy, todos unidos conmigo, distantes pero no divididos, desperdigados pero todos unidos en la fe común y el mismo amor de hijos fieles, hoy nos consolamos mutuamente, rezamos todos juntos por el Papa, celebramos y honramos a Jesús y al Apóstol Pedro en nuestro Papa Pío XI.

Tenemos que palpitar y hacer palpitar miles y millones de corazones en torno al corazón del Papa: tenemos que conducir a él, de manera especial, a los pequeños, y a la humilde y tan insidiada clase trabajadora; guiar hacia el Papa a los pobres, los afligidos, los marginados, que son los predilectos de Jesús, los verdaderos tesoros de su Iglesia.

El Papa es el padre del rico tanto como del pobre; para El no existen nobles o plebeyos, sino sólo hijos; del Papa viene la fe, la luz, la mansedumbre de Jesús, que es bálsamo para los corazones y alivio y consuelo para los pueblos.

"Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder del Infierno no prevalecerá contra ella" [Mat 16, 18]

Pasaron los siglos y estas palabras de Jesús resuenan a través de los tiempos, y de todas las tempestades del mundo. Contra el Papa y la Iglesia se desataron furiosas y terribles tempestades que lejos de sumergir a la Iglesia y al papado, los convirtieron en la mayor potencia espiritual y moral, y muestran cada día más y mejor, que la Iglesia y el Papado son obra de Dios, fuerza de Dios.

¡Admirable unidad, vital y orgánica, la de la Santa Iglesia! Nosotros, por el Bautismo y por el Papa, no formamos más que un solo cuerpo, vivificado por el único y mismo Espíritu Santo: un solo Rebaño, bajo la guía de un solo Pastor: el Papa.

Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, ni contra el Papa, a quien Cristo ha dado las llaves del reino de los cielos, y la promesa solemne de que todo lo que ate en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desate en la tierra será desatado en los cielos.[Mat 16, 19]

En el Papa nosotros reconocemos no sólo al Vicario de Cristo, la Cabeza infalible de la Iglesia, inspirada y guiada por el Espíritu Santo, y el fundamento de nuestra Religión, sino también la piedra firme de la sociedad humana.

El Papa es la síntesis viviente de todo el cristianismo, es la cabeza y el corazón de la Iglesia, es luz de verdad indefectible, es la llama perenne que arde y resplandece sobre el monte santo. ¡Donde está Pedro, está la Iglesia; donde está la Iglesia, está Cristo; donde está Cristo, está el camino, la verdad, la vida!

#### **DIFUNDAMOS SERENIDAD Y BONDAD**

De una carta escrita por Don Orione el 22 de octubre de 1937 al superior de los estudiantes que cursaban sus estudios de Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma)

Nuestra renovación y la del mundo entero tendrá lugar cuando vivamos en Jesucristo [ver 2Cor 5,17, Gál 2,20 y Fil 1,21], cuando nos transformemos verdaderamente en Él . Pero ¿cómo podremos dar y comunicar a otros ese fervor, ese vigor de una vida espiritual más alta y abundante, si no lo vivimos primero nosotros? Y, ¿cómo podremos vivirlo sin acudir a la fuente divina que es Cristo?

El, sólo El es la fuente viva de fe y caridad que puede restaurar y renovar el hombre y la sociedad: sólo Cristo podrá hacer de todos los pueblos un solo corazón y una sola alma, unirlos todos en un solo rebaño bajo la guía de un solo Pastor.[Juan 10, 16]

Sea éste, pues, nuestro primer y mayor compromiso: anonadarnos, renunciar a nosotros mismos [Mat 16,24], y formarnos a imagen de Jesucristo, y de Cristo Crucificado, por el mysterium Crucis. No tenemos otra escuela, ni otro Maestro, ni otra cátedra que la Cruz.[1Cor 1, 22-25]

Vivir la pobreza de Cristo, el silencio y la mortificación de Cristo, la humildad y la obediencia de Cristo, con pureza y santidad de vida: pacientes y mansos, perseverantes en la oración, con una sola mente y un solo corazón en Cristo: en una palabra, vivir en Cristo.

Y siempre alegres in Domino, con gran gozo, difundiendo bondad y serenidad a cada paso y en el corazón de todas las personas que encontramos: siempre contentos, siempre activos, aprovechando el tiempo, pero sin precipitación humana: cada día, en cada cosa, y en toda tribulación y todo dolor, una gran alegría, siempre con caridad y con gran caridad, hasta el sacrificio; en cada cosa, solo y siempre Cristo. Jesucristo y su Iglesia, en holocausto de amor, en dulcísimo olor de suavidad.

Y por favor, no te conformes con ciertos formalismos, ni con las prácticas externas de piedad. Las prácticas externas son necesarias y hacen bien; pero quedan reducidas a la nada, -si es que no producen fariseos e hipócritas-, cuando no existe el fuego de la piedad, cuando no hay una verdadera vida interior, una religiosidad profunda, una verdadera conciencia individual cristiana y recta, bien formada, y cuando no formamos a Cristo en nosotros, cuando no modelamos realmente nuestra vida en Jesucristo, en todo.

Realizar en nosotros el santo evangelio, reproducir en nosotros a Jesucristo, pidiendo en todo momento su gracia, y la gracia de ser siempre pequeños y humildes a los pies de la Santa Iglesia y del Papa. Formar, plasmar, educar para Jesucristo y su Iglesia, no tanto con palabras cuanto con obras, y buen ejemplo, que es lo que atrae y edifica.

¡Que Dios y nuestra Madre celestial, María Santísima, nos ayuden!

# LA ORACIÓN Y LA UNIÓN CON DIOS: SECRETO DEL APOSTOLADO

De las "Buenas Noches", del 26 de septiembre de 1937. Pensamientos de Don Orione a sus religiosos después de la oración de la noche, en los que revela el "secreto" del apostolado.

¿Cual es el gran secreto para tener éxito en las obras de apostolado, para obtener resultados satisfactorios en nuestro trabajo? Todo arte tiene su secreto. Ustedes en las clases han adquirido algunas nociones sobre el arte, y saben que hay diferencia ente una escuela y otra. La escuela de Rafael tenía una cierta forma de representar las figuras, tenía su secreto; y también la de Giotto, Miguel Angel, Leonardo da Vinci. Lo mismo dígase de los caudillos y líderes; cada uno tiene su propio secreto para triunfar, para vencer, para lograr el objetivo, para superar un récord...

Pues bien, ¿cuál es el secreto para tener éxito en el apostolado de la educación cristiana, en el campo de la caridad cristiana? Esta noche les mostraré cuál es el secreto. El secreto es: la unión con Dios, vivir con Dios, en Dios, unidos a Dios, tener siempre el espíritu elevado a Dios. En otras palabras, es la oración intensa, según la definición de Santo Tomás: ella es el gran secreto! Santo Tomás define la oración "elevatio mentis in Deum": elevación de la mente a Dios.

La oración es el gran medio para tener éxito en todo lo que se refiere a nuestra vida religiosa; la oración es la gran fuerza que vence todo, el gran medio para triunfar respecto de nosotros mismos, y respecto de los demás: para perfeccionarnos a nosotros mismos y para difundir el bien en las almas.

¡La unión de nuestra alma, de nuestro espíritu a Dios es el gran medio para triunfar, para enriquecer todas nuestras acciones! Todo lo que hacemos se transforma en oro, porque todo se hace para la gloria de Dios y todo se convierte en oración.

Nosotros, aunque hemos crecido, se podría decir, en la oración, no siempre tenemos la idea y el concepto de oración, de lo que es realmente la oración. La oración es el arma más grande, la fuerza moral más grande, el secreto más grande para triunfar en todos los caminos de la vida, cualesquiera que sean: este gran secreto es la unión con Dios; la oración que es elevación, y no

una cosa mecánica, y que debe ser lo que es: unión con Dios. ¡Tenía razón quien decía: el hombre vale por lo que reza; también ustedes valen por lo que rezan!

Cuanto más unidos a Dios nos sintamos; cuanto más nos sintamos unidos al más fuerte, a Quien todo lo puede, nosotros que somos débiles, tanto más fuertes seremos en el Espíritu Santo. Cuanto más humildes seamos, tanto más humilde será nuestra oración, que es la primera condición. No por nada tenemos en el Evangelio la parábola del Fariseo y el Publicano.[Luc 18, 9-14]

Sabemos cuál era la oración del fariseo, todo lleno de sí mismo: "¡Te doy gracias, Señor, porque no soy como los otros!...".

Y conocemos también la del publicano: "Ten piedad de mí, Señor". ¡Oración humilde y confiada la del publicano!

¡Hay que tener fe! ¡Hace falta fe!... No por nada dice Jesús muchas veces en el Evangelio: "¡Tu fe te ha salvado!".[Luc 7, 50; 8,48; 17,19, etc.]

La oración necesita un alma, y el alma de la oración es la fe: la fe, que todo lo obtiene y que mueve montañas; la oración, que no se limita a una hora sino que debe ser la laus perennis [alabanza perenne], la oración que no pone límites, que deja a Dios libre, que no quiere atarle las manos a Dios... Ustedes tienen presente el concepto de la Providencia maternal de Dios, aunque Él ya conoce todas nuestras necesidades y las quiere satisfacer, con todo, quiere que le pidamos, que oremos.

¡Hay que rezar! ¡valemos, por lo que rezamos! ¡Y en la medida que rezamos, creceremos! Y si muchas veces sucede que se logra algo sin oración, habría que decir que en ese caso el hombre se construye su propio sepulcro, como dice Tasso (La Jerusalén liberada, c. I, v. 25) en unos versos que son la traducción del "Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam".[Salmo 127]

Su principal preocupación no ha de ser el estudio, las letras, las ciencias; ni siquiera la filosofía, o la teología como ciencia en sí misma; la preocupación primera sea siempre la oración, la plegaria. Que nuestra oración se eleve a Dios como nube de incienso, para utilizar una expresión del Profeta David: "Dirigatur, Domine, oratio mea sicut incensum in cospectu tuo, elevatio manuum mearum sacrificium vespertinum...". Sea como el incienso perfumado que todos los pueblos quemaban ante el trono y el altar de sus divinidades... Nuestra oración debe elevarse a Dios como el aroma del incienso. "Dirigatur, Domine, sicut incensum in cospectu tuo!...".[Salmo 141]

Don Orione presenta su congregación, en abril de 1938

Es una humilde Congregación Religiosa, de reciente creación, italiana de origen, moderna en sus hombres y en sus métodos, total y solamente consagrada al bien del pueblo y de los hijos del pueblo, y confiada a la Divina Providencia.

Por lo tanto, ha nacido para los pobres, y para alcanzar su fin se instala en los centros obreros, preferentemente en los barrios y suburbios más pobres, que están en las orillas de las grandes ciudades industriales; vive, pequeña y pobre, entre los pequeños y los pobres, hermanándose con los humildes trabajadores, confortada por la bendición de la Iglesia y por el apoyo eficaz de las Autoridades, de los espíritus abiertos a los nuevos tiempos y de corazones magnánimos y generosos.

Más que con la palabra, se acerca al pueblo con el ejemplo y el holocausto de una vida inmolada día y noche con Cristo, al amor y a la salvación de los hermanos.

Aun cuando vive de una única fe y tiene una sola alma y un solo corazón [ver Hechos 4,32] y unidad de gobierno, desarrolla múltiples actividades, según las variadas necesidades de los humildes a cuyo encuentro sale; y, por la caridad de Cristo, se amolda a las diversas exigencias según los usos y costumbres de las naciones a las cuales la irá trasplantando la mano de Dios.

No es, por lo tanto, unilateral, sino que, con tal de sembrar a Cristo, la fe y la civilización en los surcos más humildes y necesitados de la humanidad, asume formas y métodos diferentes, crea y alimenta diversidad de instituciones, valiéndose para su apostolado de todas las experiencias y sugerencias que recibe de las Autoridades locales.

Su anhelo es difundir el Evangelio y el amor al "dulce Cristo en la tierra" entre el pueblo, como también un espíritu más grande y vigoroso de fraternidad entre los hombres, con la finalidad de elevar religiosa y socialmente a los trabajadores, salvar a los desheredados de ideologías fatales, y edificar y unir a los pueblos en Cristo.

Su campo propio es la caridad, pero lejos de excluir nada de lo verdadero y justo, hace la verdad y la justicia en la caridad.[Efesios 4,15]

La Pequeña Obra quiere servir, y servir por medio del amor; y, con la ayuda de Dios, se propone llevar a la práctica las obras de misericordia, para alivio moral y material de los pobres; su vida es amar, orar, educar en la virtud y el trabajo a los huérfanos y los más desamparados hijos del pueblo; su vida es sufrir y sacrificarse con Cristo. Su privilegio es servir a Cristo en los pobres más abandonados y desvalidos.

Su grito es "la Caridad de Cristo nos urge" [2Cor 5,14] de San Pablo, y su programa, "nuestra Caridad no cierra puertas", de Dante.

Por eso recibe y abraza a todos los que tienen un dolor, pero no tienen quién les dé un pan, un techo, un consuelo; se hace toda para todos para llevar a todos a Cristo.[1Cor 9,22]

Esta Pequeña Obra de la Divina Providencia, nacida de un latido vivificador de ese amor siempre alerta y siempre dispuesto ante cualquier necesidad de los que sufren, quiere ser como una corriente de agua viva y bienhechora, que se reparte en múltiples canales para irrigar y fecundar de Cristo los estratos más áridos y olvidados.

Es una planta nueva, surgida a los pies de la Iglesia, en el jardín de Italia, no por obra del hombre sino por un soplo divino de la bondad del Señor.

De año en año se desarrolla a la luz y al calor de Dios para consuelo de miles y miles de cuerpos y espíritus; y si bien la planta es una sola, tiene varias ramas, que apuntan todas al cielo y viven de una misma savia, florecientes de amor a Dios y a los hombres.

Esta es, tal vez, la menor de las Obras de fe y caridad surgidas del Corazón de Jesús, pero quiere ser primera en consumirse de amor al servicio de la Iglesia, de la Patria y del pueblo.

Todo indica que sólo Dios es el que la hizo nacer y la hace crecer y extenderse -pese a nuestras miserias-, a través de pruebas muy dolorosas, hasta "por el fuego y el agua" [Salmo 66,12], sin duda para ayudarnos en la fe a nosotros, hombres de poca fe.

En esta época positivista, de avidez por las cosas terrenales y el dinero, la Pequeña Obra de la Divina Providencia pretende enjugar las lágrimas, elevar las mentes y los corazones a ese Bien no terrenal, -el único que puede satisfacer plenamente el corazón del hombre-, y quiere dar su modesto aporte, con gran humildad y de rodillas a los pies de Roma, para que el pueblo se mantenga fiel, o vuelva, a la Iglesia y a la Patria; quiere salvar a los pequeños, a los humildes, a los más expuestos a las insidias, a nuestros más sufrientes hermanos en Cristo.

"Laus Deo".

# VER Y SENTIR A CRISTO EN EL HOMBRE

Estos apuntes, entre místicos y líricos, son del 25 de febrero de 1939, 15 días antes de su muerte

No saber ver ni amar en el mundo, más que las almas de nuestros hermanos.

Almas de pequeños, almas de pobres, almas de pecadores, almas de justos, almas de extraviados, almas de penitentes, almas de rebeldes a la voluntad de Dios, almas de rebeldes a la Santa Iglesia de Cristo, almas de hijos perversos almas de sacerdotes malvados y pérfidos, almas agobiadas por el dolor, almas blancas como palomas, almas simples, puras, angelicales, de vírgenes, almas hundidas en las tinieblas de los sentidos y en la baja bestialidad de la carne, almas orgullosas del mal, almas ávidas de poder y dinero, almas llenas de sí, que no se ven más que a sí mismas, almas perdidas que buscan un camino. Almas dolientes que buscan un refugio o una palabra piadosa, almas que aúllan su desesperación, su condenación

Cristo las ama a todas,

o almas embriagadas con la embriaguez de la verdad vivida:

Cristo murió por todas,

Cristo las quiere salvar a todas entre sus brazos y en su Corazón traspasado.

Nuestra vida, y nuestra Congregación entera, deben ser un cántico y un holocausto de fraternidad universal en Cristo.

Ver y sentir a Cristo en el hombre.

Debemos tener en nosotros la música profunda y altísima de la caridad.

Para nosotros, el punto central del universo es la Iglesia de Cristo y el centro del drama cristiano, es el alma.

Yo no siento más que una infinita, divina sinfonía de espíritus, palpitantes en torno a la Cruz, y la Cruz vierte para nosotros -gota a gota a través de los siglos-, la sangre divina derramada por todos.

Desde la Cruz Cristo clama: "¡Tengo sed!" Grito terrible de sed abrasadora, no de sed física sino grito de sed de almas; y es por esa sed de nuestras almas que Cristo muere.

No veo más que un cielo, un cielo verdaderamente divino, porque es el cielo de la salvación y de la paz verdadera; no veo más que un reino de Dios, el reino de la caridad y del perdón, donde toda la multitud de las naciones es heredad de Cristo y reino de Cristo.

La perfecta alegría no puede estar más que en la perfecta dedicación a Dios y a los hombres, a todos los hombres, a los más pobres, a los más deformes física y moralmente, a los más alejados, a los más culpables, a los más hostiles.

Colócame, Señor, en la boca del infierno, para que yo, por tu misericordia, la cierre.

Que mi secreto martirio por la salvación de las almas, de todas las almas, sea mi gloria y mi suprema bienaventuranza.

¡Amor a las almas, almas! Escribiré mi vida con lágrimas y con sangre.

Que la injusticia de los hombres no debilite nuestra confianza plena en la bondad de Dios.

Lo que me alimenta y guía es un soplo inspirador de esperanzas inmortales y renovadoras.

Nuestra caridad es un dulcísimo y loco amor a Dios y a los hombres, que no es de la tierra.

La caridad de Cristo es de tanta dulzura y tan inefable que el corazón no puede pensar, ni decir, ni el ojo ver, ni el oído oír.

Palabras siempre encendidas.

Sufrir, callar, orar, amar, crucificarse y adorar.

Luz y paz de corazón.

Recorreré mi Calvario como manso cordero.

Apostolado y martirio: martirio y apostolado.

Nuestras almas y nuestras palabras deben ser blancas, castas, casi infantiles; y deben llevar a todos un hálito de fe, de bondad, de consuelo que eleve al Cielo.

Tengamos fijos los ojos y el corazón en la bondad divina.

¡Edificar a Cristo! ¡Edificar siempre! "

"¡Pues la Piedra es Cristo!"[1Cor 10,4]

Esta carta, escrita el 14 de octubre de 1939 a dos jóvenes clérigos internados en un sanatorio, contiene palabras de ternura, consuelo, esperanza y confianza en Dios.

Invoco a la Santísima Virgen, humildemente pero con grande y filial confianza, para que los asista y fortalezca, y los libre de todo desaliento. El desánimo nos hace experimentar nuestra miseria, hace que experimentemos de hecho que tenemos necesidad de Dios. Bajo este aspecto, también el desaliento puede tener su parte buena, pero sólo en cuanto nos puede hacer sentir que la única fuente de energía es Dios.

Todos estamos en las manos de Dios: y queremos amar y servir al Señor, y que se cumpla en nosotros su santa voluntad, sostenidos por su gracia y confiando en ella, a los pies de María Santísima., nuestra gran Madre consoladora, pero también y siempre a los pies de la Santa Iglesia, Madre de nuestra fe y de nuestras almas. ¿Porqué habríamos de temer? El Señor está siempre cerca de los que lo aman, de los que desean amarlo y servirlo con fidelidad creciente, en la salud y la enfermedad, como buenos soldados de Cristo, y quieren, con Jesús y por Jesús, vivir y trabajar en santo amor de caridad, de sufrimientos, de entrega total de nosotros mismos, como hostia y holocausto divino en la voluntad de Dios, en la caridad de Jesucristo.

Esto es lo que agrada a Jesús: que vivamos muriendo y trabajemos sufriendo e inmolándonos por el Papa, por la Iglesia, por la santificación del clero, por las almas, por la conversión de los pecadores, por la conversión de los infieles, por la paz del mundo, por los que Iloran, por los que sufren las injusticias humanas, por todos, por todos: ¡para derrotar al mal con el bien! ¡Para gloria de Dios!

Hijos míos, Jesús está junto a ustedes; cerca de todos los que lo aman, o desean amarlo. Está cerca y tiene en cuenta todos los sufrimientos físicos y morales que ustedes están padeciendo; y pone todos sus sufrimientos en las manos maternales de la Santa Virgen: y Ella luego de purificar sus padecimientos de todos sus defectos, de la escoria de sus debilidades, de sus deficiencias, los ofrece a Jesús, todos los días y a toda hora, en reparación por nosotros y por nuestros hermanos, para la salvación de miles de almas, y por las almas que sufren y expían allá en el segundo reino, anhelando lanzarse hacia el Corazón del Señor.

¡Animo, pues, queridos hijos míos! Y traten de alegrarse por el sufrimiento: están sufriendo con Jesús Crucificado y con la Iglesia; no pueden hacer nada más valioso para el Señor y la Santísima Virgen; estén gozosos de sufrir y dar la vida por amor a Jesucristo.

Que les sirva de aliento el ejemplo de Jesús, María Santísima y los santos. Bienaventurados los que sufren, los que padecen en el espíritu y en el cuerpo, en nombre de, y por amor a Jesucristo!

### CADA HOJA QUE CAE ME RECUERDA QUE LA VIDA PASA

De dos apuntes sin fecha conservados en el Archivo General de la Pequeña Obra de la Divina Providencia.

La Fe me hace sentir la cercanía de mis queridos difuntos, así como en el silencio oigo el latido del corazón de un amigo que vela junto a mi. La convicción de que pronto me encontraré con su mirada me anima a vivir de forma que no me tenga que sonrojar ante ellos, y dejar este mundo ya no me aflige .

¡La Fe! ¡Qué gran consuelo es para mi alma en estos días en que todo es tristeza y dolor! Cada hoja que cae me recuerda que la vida se pasa: cada golondrina que emigra me recuerda a mis seres queridos que dejaron la tierra para ir a la eternidad; y mientras la naturaleza me habla sólo de de dolor, la Fe sólo me habla de esperanza.

¡Sólo Tú, Santa Iglesia Católica, consuelas e iluminas los sepulcros! Nos aseguras que todos los que vivan y crean en Jesús, no morirán eternamente. ¡Y, en prenda de esta esperanza, preparas a nuestros muertos una tierra bendita donde los depositas con el afecto de una madre que recuesta al niño en la cuna y lo besa en la frente por la noche, hasta el alba de un nuevo día!

Al entregar nuestros restos mortales a la tierra Tú los colocas, querida y Santa Iglesia de Jesús Crucificado, con la frente hacia el cielo y las manos unidas en actitud de oración, y tus plegarias repiten que la muerte del justo es un dulce sueño, que la tierra de los muertos es tierra de esperanza, custodiada por la Cruz bajo la bóveda del cielo.

Apuntes de febrero de 1939, un año antes de su muerte

Abramos a muchas personas un mundo nuevo y divino, inclinémonos con caritativa dulzura a la comprensión de los pequeños, de los pobres, de los humildes... Queremos arder de fe y caridad. Queremos ser santos, llenos de vida para los demás, y muertos a nosotros mismos.

Que nuestra palabra sea una como brisa de cielos abiertos; todos deben sentir en ella el fuego que inflama nuestro corazón y la luz de nuestro incendio interior, y encontrar en ella a Dios y a Cristo (...)

Servir en los hombres al Hijo del Hombre.

Si queremos conquistar a Dios y atrapar al prójimo, debemos previamente vivir y tener una vida intensa de Dios en nosotros mismos, una fe dominante, el fuego de un gran ideal que nos inflame y resplandezca, renunciar a nosotros mismos por los demás, quemar nuestra vida en aras de una idea y en un amor sagrado más fuerte.

Debemos ser santos, pero tales, que nuestra santidad no sea sólo para devoción de los fieles, ni sólo de altar, sino que trascienda y brille en la sociedad y seamos más bien santos de pueblo y de salvación social.

Debemos ser una profunda veta de espiritualidad mística que invada todos los estratos sociales: espíritus contemplativos y activos, "siervos de Cristo y de los pobres".

Comunicarnos con los hermanos sólo para edificarlos, comunicarnos con los demás sólo para difundir la bondad de Dios.

- 1. Amar a todos en Cristo.
- 2. Servir a Cristo en los pobres.
- 3. Renovar en nosotros a Cristo y restaurar todo en Cristo.
- 4. Salvar siempre, salvar a todos, salvar a costa de cualquier sacrificio, con pasión redentora y con holocausto redentor.

Ser almas grandes y corazones grandes y magnánimos, fuertes y libres; conciencias cristianas, que sienten su misión de verdad, de fe, de altas esperanzas, de amor santo a Dios y a los hombres, y que a la luz de una gran fe -de fe en la Divina Providencia-, caminen sin miedo y sin tacha "por el fuego y el agua" [Samo 66,12], y aún entre el barro de tanta perversidad, hipocresía y desenfreno.

Llevemos con nosotros y bien dentro nuestro el divino tesoro de la caridad que es Dios mismo; y, aunque tengamos que andar entre la gente, conservemos en el corazón ese silencio celestial que ningún ruido del mundo puede romper y la intacta e íntima morada del humilde conocimiento de nosotros mismos, donde el alma habla con los ángeles y con Cristo Jesús.

A nuestro alrededor no faltarán los escándalos y falsos pudores de escribas y fariseos, ni las insinuaciones malévolas, ni las calumnias y las persecuciones; pero no debemos perder tiempo, hijos míos, en "volver la cabeza para mirar el arado", ya que tanto nos espolea y apremia nuestra misión de caridad, tanto nos inflama el amor al prójimo, y el divino y ardiente fuego de Cristo nos consume.

Somos los ebrios de la caridad y los locos de la Cruz de Cristo Crucificado.

Por sobre todas las cosas, debemos enseñar a los pequeños y a los pobres a seguir el camino de Dios, con una vida humilde, santa, llena de bien.

Vivir en una esfera luminosa, embriagados de luz y amor a Cristo y a los pobres, y de celestial rocío, como el ave que se eleva cantando hacia el sol.

Nuestra mesa debe ser como un antiguo ágape cristiano.

¡Almas! ¡Almas! Tener un gran corazón y la divina locura de las almas.

## SIEMPRE GOZOSOS Y ALEGRES EN EL SEÑOR

El mismo día de su muerte, el 12 de marzo de 1940, Don Orione le escribía esta carta de aliento, a la esposa de un bienhechor y amigo suyo.

¡Almas, Almas!

#### Estimada Señora.

Ruego por todos sus seres queridos, y en particular por Ud., para que Dios aleje de su espíritu toda nube de tristeza, y le dé la serenidad de ánimo que una madre necesita tanto para sí misma como para sostener su hogar y, en su caso, para educar cada vez más en la luz de la fe y en las virtudes cristianas a sus hermosas nenas.

Sra. Condesa, que Dios consolide cada día más el edificio religioso de su vida, con la base divina de la fe, como dice la Sagrada Escritura: "el justo vive de la fe".[Rom 1,17; Gál 3,11]

Los desmesurados gestos de bondad y amor que Dios ha tenido para con nosotros superan nuestra capacidad de comprender, pero ello no debe constituir un motivo de duda sino una nueva razón de su verdad, y un renovado esfuerzo nuestro por darle toda nuestra fe y confianza.

Y para creer, no es necesario que Ud. Tenga la solución de todas las dudas que pudieran surgir en su mente contra algunas verdades de Fe. ¡Por supuesto que no! Ni inteligencias tan preclaras como Santo Tomás de Aquino, o San Agustín, lo lograron.

Por favor, Señora, preste oídos a este pobre Sacerdote que le escribe: confíe plenamente en la bondad del Señor, en la gracia y misericordia de Jesús, Nuestro Señor; y luego, cada tanto eleve su espíritu a Dios y dígale: Señor, quiero descansar hoy y siempre en tu corazón de Padre, y en brazos de la Santa Iglesia, Madre de los Santos y también de mi fe y de mi alma.

Que la Fe ensanche nuestros corazones; esa Fe que es garantía de las cosas que esperamos y que ha inspirado todo lo que hay de grande en la vida y en la civilización.

¡La Fe, la Fe! Como dice Dante en el canto sublime a la Fe refiriéndose al texto de San Pablo a los Hebreos, la fe es garantía de lo que se espera, prueba de las realidades que no se ven (Paraíso, XXIV, 64-66). [Hebreos 11,1]

Sí, la fe es una virtud básica, el fundamento sustancial sobre el cual se basa la esperanza de la felicidad eterna, plena de inmortalidad.

Fe es argumento, demostración y luz que lleva al entendimiento a creer en aquellas verdades que con sus fuerzas naturales no podría comprender.

Y que nuestra esperanza en Dios no tenga fronteras. Todo lo podemos esperar de Dios, con humildad, amor y gran confianza.

Dios es el padre celestial que todo lo puede y quiere darnos todo, con tal que se lo pidamos y le amemos con la sencillez y abandono de los niños.

En cierto sentido, podría decirse que el Señor nos quiere siempre niños, siempre alegres y serenos.

Y al Señor se lo ama y se lo sirve precisamente así, con santa alegría y no con tristeza; por eso San Francisco de Sales no creía en la santidad melancólica y triste y solía decir: un Santo triste es un triste Santo.

¿Y cómo no estar llenos de santa alegría si el Señor está junto a nosotros y en nosotros? Escrúpulos y melancolías, lejos de la casa mía, solía decir san Felipe Neri

Aleje, pues, Señora, toda tristeza; fuera oscuras nubes y negras fantasías, fuera pensamientos que en lugar de paz espiritual, producen inquietud y turbación. Esas ideas, esos pensamientos no son de Dios, sino del enemigo de toda paz y de todo bien. Tranquilos y serenos, descansemos con confianza en las manos del Señor.

¡Vea qué sermón, Señora, qué sermón! ¡Menos mal que estamos en Cuaresma!

Y que valga también por todas las veces que no contesté sus cartas.

En fin, mi deseo es alentarla y ofrecerle mis respetos, que le ruego haga extensivos a su esposo.

E implorando sobre su hogar la más amplia bendición de Dios, le deseo ¡muy felices Pascuas!

### CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE DON ORIONE

- 1872 23 de junio. Nace en Pontecurone, un pequeño pueblo del norte de Italia, y al día siguiente -24, fiesta de San Juan Bautista-, es bautizado con los nombres de Juan Luis.
- 1885 4 de septiembre. Ingresa al convento Franciscano de Voghera, con la intención de ser fraile franciscano. El año siguiente una grave enfermedad lo lleva al borde de la muerte, y por fin deja el convento franciscano y vuelve a su casa.
- 1886 4 de octubre. Lo aceptan como interno en el Oratorio de Valdocco (Turín) y allí conoce a Don Bosco.
- 1889 16 de octubre. Entra como seminarista al seminario diocesano de Tortona, su diócesis.
- 1891 1 de diciembre. Para costearse los estudios, comienza a trabajar como "custodio" (algo así como sacristán) de la Catedral de Tortona.
- 1892 2 de marzo. Comienza su apostolado en favor de niños y jóvenes.
- 3 de julio. Inauguración del Oratorio San Luis, lugar de encuentro para niños y jóvenes de Tortona.
- 1893 15 de octubre. Abre el primer internado en el barrio pobre de San Bernardino, en las afueras de la ciudad de Tortona.
- 1895 13 de abril. Don Orione es ordenado sacerdote.
- 1898 15 de agosto. Comienza a publicación de la revista "L'Opera della Divina Provvidenza".

Octubre. Mons. Blandini, obispo de Noto, le entrega un internado y una Colonia Agrícola, cerca de Siracusa (Sicilia), en el sur de Italia.

- 1899 Junio. Abre el Colegio San Rómulo en la ciudad costera de Sanremo, en el norte de Italia, no lejos de la frontera con Francia.
- 30 de julio. Impone el hábito a los primeros ermitaños de la Divina Providencia.
- 1901-1902 Abre varias Colonias Agrícolas; tres de ellas en las afueras de Roma.
- 1903 21 de marzo. Mons. Bandi, obispo de Tortona, concede la aprobación diocesana de la naciente Congregación.
- 1904 El Papa entrega a Don Orione la iglesia de "Santa Ana", en territorio de la ciudad del Vaticano.
- La Fundadora de las Hermanas de la Divina Providencia, la Madre Teresa Michel, le escribe desde el Brasil invitándolo a abrirse a las misiones.
- 1905 Abre en Tortona su primera imprenta
- 1908 25 de marzo. San Pío X, le entrega la atención pastoral de la "Patagonia romana", un barrio abandonado, por la via Apia nueva, en las afueras de Roma.
- 1909 4 de enero. Terrible terremoto en Sicilia; Don Orione acude de inmediato, y abre un Orfanato, para recoger a los huérfanos del terremoto.

- 18 de junio. San Pío X lo nombra Vicario General de la diócesis de Messina (Sicilia).
- 1912 marzo. Después de tres años, deja Sicilia y vuelve a Tortona.
- 19 de abril. Emite los Votos Perpetuos en manos de San Pío X.
- 1913 diciembre. Parten para el Brasil los primeros religiosos, misioneros en tierras de Latinoamérica.
- 1915 enero. Acude a prestar ayuda a la ciudad sureña de Avezzano, destruida también por un terremoto.
- 29 de junio. Funda la Congregación de las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad; y abre el primer Pequeño Cottolengo en la ciudad de Ameno.
- 1918 29 de agosto. Junto al pueblo de Tortona, hace la promesa de construir un Santuario a la Virgen de la Guardia, si termina la larga y terrible guerra mundial (1914-1918)
- 1919 El cardenal La Fontaine lo invita a su diócesis, Venecia, y le entrega dos instituciones educativas.
- 1921-1922. Primer viaje de Don Orione a Latinoamérica.
- 1921 -4 de agosto. Emprende viaje al Brasil y a la Argentina.
- 3 de septiembre. Se abre una Colonia Agrícola en Tierra Santa.
- 12 de noviembre. Don Orione llega por primera vez a tierra uruguaya.
- 13 de noviembre. Desembarca en Buenos Aires. Le ofrecen varias casas. Visita y acepta la iglesia de Victoria, porque encuentra en ella una imagen de la Virgen de la Guardia.
- Acepta el reformatorio de Marcos Paz, al oeste de Buenos Aires.
- 1922 15 de enero. Salen de Génova el P. José Zanocchi, el P. Enrique Contardi, el P. José Montagna, el P. Carlos Alferano y el clérigo Francisco Castagnetti.
- 1º de febrero. Don Orione recibe a los viajeros en Rio de Janeiro, y sigue viaje con ellos a Buenos Aires.
- 12 de febrero. Victoria (Bs As). Se inaugura oficialmente la primera casa de la congregación en la Argentina.
- 19 de marzo. Don Orione nombra al P. José Zanocchi su representante en Brasil, Uruguay y Argentina, con residencia en Victoria.
- 4 de julio. Fin del primer viaje a América latina. Desembarca en Génova, procedente del Brasil.
- 1923 Primera Casa en Polonia, en Zdunska Wola;
- Se hace cargo de la antigua abadía de San Alberto de Butrio, en la que pondrá a sus ermitaños.
- 1924 Marzo. en el Puerto de Mar del Plata se inaugura el Colegio Sagrada Familia.
- 19 de marzo. Funda el Pequeño Cottolengo genovés.
- 1925 30 de junio, Orfanato en la Isla de Rodas (Grecia).

1926 - 23 de octubre. Piedra fundamental del Santuario de la Virgen de la Guardia, en Tortona.

Noviembre. Una gravísima enfermedad pone en peligro su vida.

1927 - abril. Comienzo de la construcción del Santuario de la Guardia, en Tortona.

Abre un seminario en la ciudad de Voghera, en la misma casa en la que había intentado ser franciscano en 1885.

1929 - Enero. Se abre el "Patronato de Obreros", de Montevideo.

Inaugura la revista "Mater Dei".

1930 - Colonia Agrícola de La Floresta (Uruguay).

26 de diciembre. Primer pesebre viviente en Tortona.

1931 - 29 de agosto. Inauguración del Santuario de la Virgen de la Guardia, en Tortona.

Casa de formación de las Hermanas Pequeñas Misioneras de la Caridad, en el barrio de Floresta (ciudad de Bs As).

1932 - Se abre la casa "San José", de Mar del Plata.

1933 - Comienza el Pequeño Cottolengo de Milán.

Casa de Tres Algarrobos (Pcia de Bs As)

1934 - 27 de mayo. Convoca en Tortona la 1ª Reunión de Exalumnos.

Primera casa en los Estados Unidos, en Jasper (Indiana);

Parroquia de San Carlos en Montevideo.

1934 - 1937. Segundo viaje de Don Orione a Latinoamérica.

1934 24 de septiembre. Segundo viaje a América latina. Llega a Buenos Aires para la celebración del Congreso eucarístico Internacional, en compañía del Card. Eugenio Pacelli, luego Pío XII.

1935 - 18 de enero. Inauguración de la Casa de formación, en Lanús (Actualmente Villa Domínico).

25 de enero. Toma de posesión del Santuario de Itatí (Corrientes).

18 de abril. Piedra fundamental del Pequeño Cottolengo Argentino, en Claypole (Buenos Aires).

Mayo-junio. Recibe la Casa de la Calle Carlos Pellegrini, sede central de la Obra en la Argentina.

Casa de Nueva Pompeya (ciudad de Buenos Aires)

2 de julio. P. Cottolengo de Avellaneda, a cargo de las Hermanas.

1936 - La congregación llega a Gran Bretaña (Cardiff, sur de Gales) y Albania.

Mientras tanto Don Orione comienza nuevas obras en Argentina, Brasil, Uruguay, Chile;

31 de enero de 1936, Don Orione viaja a Santiago de Chile en un avión de Panagra; y regresa a Mendoza -por el mismo medio-, el 6 de febrero.

21-22 de mayo. Inauguración de los primeros pabellones del P. Cottolengo de Claypole.

1937 - 3 de enero. Don Orione bendice la capilla Sta. Teresita, en Victoria (actualmente parroquia diocesana)

Febrero. El P. Contardi se instala en Presidencia Roque Sáenz Peña (Chaco).

23 de febrero. Don Orione bendice la piedra fundamental del colegio "José Manuel Estrada" (Mar del Plata).

25 de julio piedra fundamental del "Colegio apostólico San José", en Claypole

24 de agosto. Llega a Italia procedente del Brasil.

1938 - 16 de enero. Inauguración del Instituto "San Felipe Neri", Roma.

7 de diciembre. Piedra fundamental del nuevo complejo del Pequeño Cottolengo de Milán.

1939 - 22 de enero. Segunda conferencia en la Universidad Católica de Milán.

1º de marzo. Ultima expedición de misioneros a América del Sur.

31 de marzo. Grave ataque de cardíaco.

26 de mayo. Inauguración del Santuario de la Virgen de Caravaggio en Fumo (Pavía).

28 de octubre. Ultimo encuentro con Pío XII en la Puerta San Sebastián (Roma).

1940 - 9 de febrero. Ataque cardíaco en la Casa Madre de Tortona; recibe los últimos Sacramentos; se restablece.

6 de marzo. Ultima visita al Santuario de la Guardia y Obras conexas.

8 de marzo. Ultimas "Buenas noches" en la Casa Madre, con un recuerdo especial para Polonia: "No quiero vivir ni morir en medio de las palmas, sino entre los pobres que son Jesucristo".

9 de marzo. Cediendo a las insistencias del Visitador Apostólico y de los médicos, va a San Remo.

12 de marzo. Ultima Santa Misa y último telegrama al Papa. A las 22,45, vuelve repentinamente al Señor; sus últimas palabras fueron: "Jesús, Jesús, Jesús, voy...".

19 de marzo. Sepultura en el Santuario de la Guardia en Tortona.

1954 - 20 de noviembre. Aprobación Pontificia de la Pequeña Obra de la Divina Providencia.

1963 - 19 de marzo. El Papa Juan XXIII introduce el Proceso Apostólico de Beatificación.

1965 - 17 de abril. Aprobación Pontificia de las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad.

1978 - 6 de febrero. Pablo VI proclama las Virtudes heroicas del Venerable Don Orione.

1980. 26 de octubre. En solemne ceremonia en la Plaza de San Pedro, Juan Pablo II proclama

Beato a Don Orione.